Simón Rodríguez

obras completas

TOMO II

[EDICION EN 2 TOMOS]

COLECCION "DINAMICA Y SIEMBRA"
UNIVERSIDAD SIMON RODRIGUEZ
CARACAS

Traducción de "Atala" de Chateaubriand

Nota. — Se reproduce el texto de la obra de Chateaubriand, *Atala*, en la versión castellana de Simón Rodríguez, publicada en París, 1801. Se imprime en la forma y con las notas de dicha edición.

ATALA
ó
LOS AMORES
DE
DOS SALVAGES
EN EL DESIERTO;
ESCRITA EN FRANCES
Por FRANCISCO-AUGUSTO
CHATEAUBRIAND,
Y
TRADUCIDA DE LA TERCERA EDICION
NUEVAMENTE CORREGIDA
Por S. ROBINSON, Profesor de
Lengua Española, en Paris.

Se hallará en casa del TRADUCTOR,
calle St. Honoré cerca de la de Poulies,
Nº. 165.

Año de 1801.
(X.mo de la República Francesa.)

A LA JEUNESSE DE BAYONNE EN FRANCE.

Un Voyageur étranger, que vous avez accueilli avec tant de bonté, vous dédie ATALA, *traduit en une langue qui vous est familière. Agréez cette dédicace comme un foible hommage qu'il rend aux sentimens d'estime que vous lui avez inspirés. La première vertu de l'homme, c'est la reconnoissance; vous en avez fait un besoin impérieux pour mon cœur. Vos bienfaits, présents à ma mémoire, ne me rappellent-ils pas sans cesse cette Jeunesse aimable, qui m'apprit la première à apprécier la générosité du caractère français?*

S. Robinson.

A LA JUVENTUD DE BAYONA EN FRANCIA

Un Viajero extranjero, a quien habéis acogido con tanta bondad, os dedica *Atala*, traducida de una lengua que os es familiar. Aceptad esta dedicatoria como débil homenaje que rinde a los sentimientos de estima que le habéis inspirado. La primera virtud del hombre es la gratitud; vosotros la habéis convertido en imperiosa necesidad para mi corazón. Vuestras bondades, presentes en mi memoria, ¿no me recuerdan sin cesar esta Juventud amable, la primera en enseñarme a apreciar la generosidad del carácter francés?

S. Robinson.

ADVERTENCIA DEL AUTOR SOBRE ESTA EDICION

Para hacer esta obrita más digna del aprecio con que ha sido recibida, me he aprovechado de todas las críticas. He tenido la felicidad de ver, que la verdadera filosofía y la verdadera religión son una misma cosa: porque personas muy distinguidas, que no piensan como yo sobre el cristianismo, han sido las primeras que se han interesado por el buen éxito de Atala. Esto sólo responde a los que querían persuadir, que el lugar que se ha hecho en el concepto público esta anécdota indiana, no se debe sino al espíritu de partido. Sin embargo, se me ha censurado tan agria, por no decir groseramente, que se ha llegado hasta ridiculizar el siguiente apóstrofe a los Indios. (1)

"¡Indios desgraciados, que he visto errantes por los desiertos del Nuevo Mundo con las cenizas de vuestros abuelos! vosotros ejercitasteis conmigo la hospitalidad a pesar de vuestra miseria, y yo no podría ofrecérosla hoy: porque vago como vosotros sujeto al favor de los hombres, y menos feliz en mi destierro, porque no llevo los huesos de mis padres".

Sobre esta última frase recae la observación del crítico. Las cenizas de mi familia confundidas con las de Mr. de Malsherbes: seis años de destierro y de infortunios, no le han presentado más que un objeto de burla. ¡Ojalá que los sepulcros de sus padres no exciten nunca en él el dolor de haberlos perdido!

(1) *Década filosófica*, Nº 227, en una nota.

En fin, fácil es conciliar los diversos juicios que se han formado sobre Atala. Los que me han culpado, no han atendido más que a mis talentos, los que me han elogiado, sólo han considerado mis infortunios.

P. S. Se me informa en este instante que se acaba de descubrir en París una contra-facción de las dos primeras ediciones de Atala, y que se hacen actualmente otras muchas en Nancy y Strasburgo. Espero que el público se servirá dirigirse únicamente, para comprar esta obrita, a casa de *Mygnerety* a la antigua librería de *Dupont.*

NOTA. Este P. S. habla de las ediciones francesas, y se ha traducido sólo en calidad de aviso a los que quieran comprar Atala en su original.

CARTA

Publicada en el diario de los Debates y en el Publicista

CIUDADANO: en mi obra sobre *el genio* del *cristianismo* o *las bellezas poéticas y morales de la religión cristiana,* se halla una sección entera consagrada a *la poética del cristianismo.* Esta sección se divide en tres partes, *poesía, bellas-artes,* y *literatura,* que se terminan con una cuarta, cuyo título es: *Armonías de la religión, con las escenas de la naturaleza, y las pasiones del corazón humano.* Yo examino en esta parte muchos puntos que no pudieron entrar en las antecedentes, como los efectos de las ruinas góticas comparadas con otras suertes de ruinas, la situación de los monasterios en la soledad, el aspecto poético de esta religión popular, que ponía cruces en las encrucijadas de los caminos, que colocaba imágenes de vírgenes y santos como para custodiar las fuentes y olmos viejos, que creía en los presentimientos y en las fantasmas, etc., etc. Dicha parte concluye con una anécdota extraída de mis viajes por América, y escrita bajo las chozas mismas de los salvajes, intitulada Atala, etc.; pero por haberse traspapelado algunos ensayos de esta pequeña historia, me veo obligado a imprimirla separadamente, antes de la obra principal, a fin de precaver un accidente que me podría perjudicar infinito.

Si vm. quisiera, ciudadano, hacerme el favor de publicar esta carta, se lo agradecería como un servicio importante.

PREFACIO

Se ve por la carta precedente lo que ha dado lugar a la publicación de Atala, antes de mi obra sobre el *genio del cristianismo, o las bellezas poéticas y morales de la religión cristiana* de que hace parte. Sólo me falta decir de qué manera se ha compuesto esta historia.

Era todavía muy joven, cuando concebí la idea de hacer *la epopeya de la naturaleza,* o de pintar las costumbres de las salvajes, contrayéndolas a algún acontecimiento conocido; y no encontré, después del descubrimiento de la América, pasaje más interesante, especialmente para los Franceses, que el destrozo de la colonia de los Naches en la Luisiana, año 1727. Todas las tribus indianas conspirando a reponer el Nuevo-Mundo en su libertad, al cabo de dos siglos de opresión, presentaban, en mi concepto, al pincel un asunto casi tan feliz como la conquista de México. Esparcí, pues, en mi papel algunos fragmentos de esta obra; pero conocí al instante que me faltaban los verdaderos colores, y que era necesario, si quería formar una imagen parecida, visitar, a ejemplo de Homero, los pueblos que intentaba pintar.

En 1789. Comuniqué a M. de Malsherbes el designio que tenía de pasar a América. Pero deseando al mismo tiempo dirigir por tierra el pasaje tan buscado, y sobre el cual, aun el mismo Cook había dejado dudas. Partí, vi las soledades americanas, y volví con planes para otro viaje que debía durar nueve años. Pensaba atravesar todo el continente de la América septentrional, seguir luego remontando, las costas al norte de la California, y volverme por la bahía de Hudson girando bajo el polo. M. de Malsherbes se encargó de presentar mis planes al gobierno, y entonces fue cuando oyó los primeros fragmentos de la obrita que ahora doy al público. Se sabe el estado en que se ha visto la Francia, hasta el momento en que la Providencia ha hecho parecer uno de estos hombres, que ella envía en señal de reconcilia-

ción, cuando ya se ha cansado de castigar. Cubierto de la sangre de mi hermano único, de mi cuñada, y del ilustre viejo su padre: después de haber visto a mi madre y a otra hermana mía muy instruída, morir de resultas del maltrato que habían padecido en los calabozos, anduve errante por tierras extrañas donde el solo amigo que me quedaba se dió de puñaladas entre mis brazos (1).

De todos mis manuscritos sobre la América, no he salvado sino algunos fragmentos, particularmente la Atala; y aun ésta no era más que un episodio sobre los Nachez. Atala se ha escrito en el desierto, y bajo las chozas mismas de los salvajes. No sé si el público gustará de una historia, que sigue unos trámites diferentes de todos los conocidos, y que presenta una naturaleza y unas costumbres del todo extrañas para la Europa. No hay aventuras en Atala. Es una especie de poema (2) mitad descriptivvo, mitad dramático. Todo consiste en la pintura de dos amantes, que andan y conversan en la soledad. Todo se encierra en la descripción de las turbaciones del amor, en medio de la quietud de los desiertos y de la calma de la religión. La distribución de esta obra es la más antigua: ella se divide en prólogo, narración y epílogo. Cada una de las partes principales de la narración toma su respectiva denominación, como los *cazadores*, los *labradores*, etc., y así era como, en los primeros siglos de la Grecia, cantaban los Rapsodas, bajo diversos títulos, retazos de la Iliada y de la Odisea... No disimulo que, exceptuando la parte descriptiva, he buscado en el plan y en el estilo una extrema sencillez; sin embargo, siempre es cierto que, aun en la descripción, hay una manera de ser al mismo tiempo pomposo y simple.

(1) Cinco días nos habíamos pasado los dos sin alimento. "Mientras que toda mi familia sufría, ya el asesinato, ya las cárceles, ya el destierro, una de mis hermanas que debía su libertad a la muerte de su marido, se hallaba en Fugeres pequeña ciudad de la Bretaña. El Ejército realista llega, toma 800 hombres del republicano, y los manda pasar por las armas. Mi hermana se echa a los pies de *la Roche Jacquelin*, y alcanza el perdón de los prisioneros. Vuela al punto a Rennes, se presenta al tribunal revolucionario con los certificados de haber salvado la vida a 800 hombres. y pide por única recompensa que se pongan en libertad sus hermanas. El presidente del tribunal le responde: "Es preciso que tú seas una pícara realista que yo haré guillotinar, puesto que esos malvados hacen tanto honor a tus súplicas. Por otra parte, la república no te agradece lo que has hecho, porque tiene demasiados defensores y le falta pan".

(2) En un tiempo en que todo está trastornado en la literatura, me veo precisado a advertir que, si me sirvo aquí de la voz *poema*, es porque no sé como darme a entender de otra manera. Yo no soy uno de estos bárbaros que confunden la prosa con los versos. Dígase lo que se quiera, el poeta es siempre el hombre por excelencia, y volúmenes enteros de prosa descriptiva, no valen cincuenta versos de Homero, Virgilio, o Racine.

Ni por eso diré que haya correspondido la ejecución a mi intento. Después de largo tiempo no leo sino a Homero y la Biblia, lo que me alegraría se trasluciera, y que yo hubiese logrado incorporar en los tintes del desierto, y en los sentimientos peculiares de mi corazón, los coloridos de aquellos dos grandes y eternos modelos de lo bello y de lo verdadero.

Diré todavía, que no ha sido mi designio arrancar muchas lágrimas; y me parece que es un error peligroso avanzado, como otros muchos, por M. de Voltaire, el decir que, *las mejores obras son aquellas que hacen llorar más.* Hay dramas de que nadie querría ser autor, y que hieren el corazón de muy diversa manera que la Eneida. No es uno gran escritor porque ponga las almas al tormento. Las verdaderas lágrimas son aquellas que hace correr una bella poesía. Es necesario que se mezcle en ella tanto de admiración como de dolor.

Por ejemplo: Priamo diciendo a Achiles:

Juzga del exceso de mi desgracia, pues que beso la mano que ha muerto a mis hijos.

...Joseph exclamando:

Ego sum Joseph, frater vester, quem vendidistis in Egyptum.

Yo soy Joseph, vuestro hermano, que vendisteis para Egipto.

He aquí las únicas lágrimas que deben mojar las cuerdas de la lira, y enternecer sus sonidos. Las musas son mujeres celestiales que no desfiguran sus facciones con gestos. Cuando lloran, es con un designio secreto de parecer más hermosas.

En fin, yo no soy como M. Rousseau entusiasta de los salvajes; y aunque tenga quizá tanta razón para quejarme de la sociedad, como este filósofo para alabarse, no creo que la *pura naturaleza* sea la cosa más bella del mundo. Siempre la he hallado muy fea, donde quiera que he tenido ocasión de verla: y bien lejos de opinar que el hombre que piensa es un *animal depravado,* juzgo que el pensamiento hace al hombre. Todo se ha perdido por esta palabra *naturaleza.* Pintemos la naturaleza, pero la naturaleza bella: el arte no se debe ocupar en imitar monstruos.

Atala, como el Philoctetes, no tiene más que tres personajes. Se hallará quizá que he dado a esta mujer un carácter nuevo; pero las contradicciones del corazón humano aun no se han expuesto bastante y sin duda lo merecerían, como pertenenciente a la antigua tradición

de una degradación original, y que, por consiguiente abren campo a consideraciones profundas, sobre lo grande y misterioso del hombre y de su historia.

Chactas, el amante de Atala, es un salvaje que se supone nacido con ingenio, y casi del todo civilizado; pues que no solamente sabe las lenguas vivas, sino aun las muertas de la Europa. El debe, pues, explicarse en un estilo mixto, conforme a la línea sobre que gira entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha servido de mucha ventaja, haciéndole hablar como salvaje en la pintura de las costumbres, y como Europeo en el drama y la narración. Sin esto, habría sido necesario abandonar la obra: porque si yo hubiera usado siempre del estilo indiano, Atala habría sido hebreo para el lector.

En cuanto al misionero, creo se debe notar, que los que hasta han introducido un sacerdote en la escena, han formado de él un malvado fanático, o una especie de filósofo. Nada de esto es el padre Aubry, sino un simple cristiano que habla sin avergonzarse de la cruz, de la sangre de su divino maestro, de la carne corrompida, etc., en una palabra, el sacerdote tal cual es en verdad. Bien sé que es difícil pintar un carácter semejante a los ojos de ciertas gentes, sin parecerles ridículo. Si yo no enternezco haré reir: ello dirá.

Después de todo, si se examina lo que he hecho entrar en un cuadro tan pequeño; si se considera, que no hay una circunstancia interesante en las costumbres de los salvajes que no haya tocado, ningún bello efecto de la naturaleza, ningún sitio de la Nueva-Francia que no haya descripto: si se observa que he puesto junto al lienzo del pueblo cazador otro completo de un pueblo agricultor, para mostrar prerrogativas de la vida social sobre las del salvaje: si se hace atención a las dificultades que he debido hallar en sostener el interés dramático entre dos solas personas, durante una larga pintura de costumbres, y numerosas descripciones de paisajes: si se nota en fin, que me he privado de todo socorro en el catástrofe mismo, y que, como los antiguos, me he mantenido solamente por la fuerza del diálogo; estas reflexiones me merecerán quizá un poco de indulgencia. Aún lo repito una vez, no me lisonjeo del desempeño; mas se deben siempre agradecer los esfuerzos de un escritor, para volver la litratura al gusto antiguo, demasiado olvidado en nuestros días.

Sólo una cosa me falta decir, y es, que no sé por qué casualidad, una carta mía escrita al ciudadano Fontanes, ha llamado la atención del público mucho más de lo que yo esperaba. Creía que algunas líneas de un autor incógnito pasarían sin sentirse, pero me engañé. Los pa-

peles públicos hablaron de ella, y he tenido el honor de que se escribiesen a mis amigos, y a mí, personalmente, algunas páginas de cumplimientos y de injurias, que no pensaba merecer; aunque extrañé más los primeros que las últimas. Reflexionando sobre el capricho del público, que ha hecho atención a una cosa de tan poco valor, he sospechado que esto provendría del título de mi obra principal: *Genio del Cristianismo*, etc. Se figuraron quizá que se trataba de un negocio de partido, y que yo hablaría muy mal en este libro de la revolución y de los filósofos.

Al presente, que vivimos bajo un gobierno que no proscribe ninguna opinión pacífica, es sin duda permitido el tomar la defensa del cristianismo, como un punto de moral y de literatura. Hubo un tiempo en que los enemigos de esta religión tenían el derecho exclusivo de hablar; pero ahora el campo está abierto: y los que piensen que el cristianismo es poético y moral, pueden defenderlo en alta voz, como los filósofos sostener lo contrario. Me atrevo a decir, que la cuestión quedaría decidida sin réplica, si una pluma más hábil hubiese tratado la obra principal que he emprendido, y que no tardará en aparecer.

No obstante, estoy en la obligación de declarar que en esta obra no se trata de la revolución, ni hablo, por lo común, sino de autores muertos: los vivos no tendrán que quejarse, porque, en general, he guardado una medida, que no espero se guarde conmigo según las apariencias.

He sabido que la mujer célebre, cuya obra era el objeto de mi carta, se ha sentido por un pasaje de ella. Permítaseme observar que, sin ser yo el primero que se haya servido de esta arma verdaderamente odiosa a mis ojos, mi fin no ha sido otro que el defender a un hombre que amo, y admiro por su talento. Bórrese, pues, este pasaje si he agraviado con él. Aunque, quien goza de la brillante existencia, y posee los bellos conocimientos de la Señora de Staël, debe sentir poco y olvidar luego las pequeñas ofensas de un pobre solitario desconocido como yo.

Volviendo por último a Atala. Esta no es toda obra de mi invención: porque es cierto que hubo un salvaje en galeras y en la corte Luis XIV: es cierto, que un misionero francés ha hecho las cosas que he referido: es cierto, que he encontrado salvajes cargando los huesos de sus abuelos, y una madre joven exponiendo el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol: también son verdaderas algunas otras circunstancias que omito por no ser de un interés general. Lo será mi *Atala* algún día, si el gobierno francés, por un rasgo de fina política, pide a la Inglaterra la restitución del Canadá.

PROLOGO

La Francia poseía en otro tiempo un vasto imperio en la América septentrional, que se extiende desde el Labrador hasta la Florida, y desde las orillas del Atlántico hasta los lagos más remotos del alto Canadá.

Cuatro grandes ríos, cuyas fuentes nacen en las mismas montañas, dividían estas inmensas regiones. El río San Lorenzo que se pierde al Este en el golfo de su nombre: el río del Oeste que lleva sus aguas a mares desconocidos: el Borbon, que se precipita del Mediodía al Norte en la bahía de Hudson; y el Meschacebé (1) que, bajando del Norte al Mediodía, se sepulta en el golfo Mexicano.

Este último río, en el curso de más de mil leguas, riega un delicioso país, que los habitantes de los Estados Unidos llaman el Nuevo-Edén, y al que los Franceses han dejado el dulce nombre de Luisiana. Otros mil ríos tributarios del Meschacebé, el Missuri, el Illinés, el Akanza, el Ohio, el Wabache y el Tenaso la fecundan con su limo y la fertilizan con sus aguas. Cuando todos estos ríos rebozan con los diluvios del invierno, cuando las tempestades han abatido trozos enteros de florestas, el tiempo amontona sobre las vertientes los árboles arrancados, los enlaza con juncos, los cimenta con lama, planta en ellos tiernos arbustos, y lanza su obra a las olas. Arrastradas por ondas espumosas estas balsas bajan de todas partes al Meschacebé: el anciano río se apodera de ellas, y las empuja hasta su embocadura para formar un nuevo brazo. De cuando en cuando alza su ronca voz pasando bajo los montes, y, cual Nilo de los desiertos, derrama sus aguas alrededor de columnatas de florestas, y de las pirámides de los sepulcros de los Indios. Pero la gracia va siempre unida a la magnificencia en las escenas de la naturaleza; y mientras que la corriente del centro transporta al

(1) Verdadero nombre del Misisipí en Meschasipí.

mar los cadáveres de pinos y encinas, se ven, sobre las corrientes laterales, remontar, a lo largo de las orillas, islas fluctuantes de pistia y de nenúfar, cuyas rosas amarillas se levantan a modo de pequeños pabellones. Serpientes verdes, garzas azules, flamencos rosados, tiernos cocodrilos, se embarcan pasajeros en estos bajeles de flores; y la colonia, desplegando al viento sus velas de oro, va a arribar dormida a alguna retirada abra del río.

Desde la embocadura del Meschacebé hasta su unión con el Ohio, la magnificencia más extraordinaria le acompaña en su curso. Desenvuélvense sobre el borde occidental sabanas que se pierden de vista: sus ondas de verdura, alejándose, parecen elevarse hasta el azul del cielo donde se desvanecen: vense en estas praderías sin límites, herrar a la ventura rebaños de tres o cuatro mil búfalos salvajes: a veces un bisonte cargado de años, hendiendo las aguas a nado, viene a acostarse entre las altas hierbas de una isla del Meschacebé. Su frente adornada de dos medias-lunas, su barba cana y limosa nos le haría tomar por el Dios mugiente del río, que echa una ojeada de satisfacción sobre la grandeza de sus raudales, y rústica abundancia de sus riberas.

Tal es la escena sobre la costa occidental; pero de repente se muda la de la orilla opuesta, y forma un admirable contraste. Suspendidos sobre el curso de las olas, apiñados por los valles, árboles de todas formas, colores y perfumes se mezclan, crecen juntos, se elevan en los aires a alturas que cansan la vista. Las viñas silvestres, las bignonias, las coloquíntidas se enlazan al pie de estos árboles, escalan sus ramos, trepan hasta sus extremidades, se lanzan del ácer al tulipier, del tilupier a la alcea formando mil grutas, mil bóvedas, mil pórticos. Extraviadas ordinariamente de planta en planta estas enredaderas, atraviesan los brazos de los ríos, sobre los cuales hechan puentes y arcos de flores. Del seno de estas espesuras embalsamadas, el soberbio magnolia levanta su cono inmóvil, que recamado de rosas blancas domina toda la floresta, y no reconoce otro rival sino la palma, que agita suavemente cerca de él sus verdes abanicos.

Una multitud de animales, puestos por la mano del criador en estos hermosos retiros, esparcen el encanto y la vida. De la extremidad de las avenidas, se perciben aves solitarias embriagadas de uva, titubeando sobre las ramas de los tiernos olmos, manadas de carribuses bañándose en un lago, ardillas negras jugueteando entre la espesura de los follajes, sinsontles, palomas de virginia, del tamaño de un gorrión, descendiendo sobre céspedes coloreados de

fresas, papagayos verdes con cabeza amarilla, purpúreos pico-verdes, cardenales color de fuego brincando en círculo a lo alto de los cipreces, colibrís centelleando sobre el jazmín de la Florida, y víboras cazadoras silvando colgadas de las cúpulas de los bosques, y meciéndose como bejucos.

Pero si todo es silencio y reposo en las sabanas del otro lado del río aquí, por el contrario, todo está en movimiento y murmullo. Picoteo de las aves en el tronco de las encinas, ruido de animales que marchan, roen, o trillan entre sus dientes los huesos de las frutas, bramido de las olas, débiles gemidos, sordos mugidos, dulces arrullos, llenan estos desiertos de una tierna y rústica armonía. Más cuando una brisa viene a animar todas estas soledades, a agitar todos estos cuerpos fluctuantes, a confundir todas estas masas de blanco, de azul, verde y rosa, a mezclar todos los colores, a reunir todos los ecos; entonces sale tal estruendo del fondo de estas florestas, pasan tales cosas ante los ojos, que yo procuraría en vano describirlas a quien no ha corrido estos campos primitivos de la naturaleza.

Después del descubrimiento del Meschacebé por el padre Hennepin, y por el desgraciado La-Salle, los primeros franceses que se establecieron en Biloxi y en el Nuevo-Orleans, hicieron alianza con los Nachez, nación indiana, cuyo poder era temible en aquellas regiones. Injusticias particulares, la venganza, el amor y todas las pasiones, ensangrentaron después la tierra de la hospitalidad. Había entre aquellos salvajes un viejo nombrado Chactas (1) que por su edad, su sabiduría y su ciencia en las cosas de la vida, era el ídolo y el Patriarca de los desiertos. Semejante a todos los hombres, él había comprado la virtud con el infortunio. Sus desgracias colmaron no sólo las selvas, sino que pasaron hasta las riberas de la Francia, donde las llevó. Destinado a galeras en Marsella por una cruel injusticia, restituido a su libertad, y presentado a la corte de Luis XIV, había conversado con todos los hombres grandes de aquel siglo famoso, asistido a las fiestas de Versalles, a las tragedias de Racine, a las oraciones fúnebres de Bossuet; en una palabra, allí había contemplado este salvaje la sociedad en su más alto punto de esplendor.

Muchos años había que Chactas, vuelto al seno de su patria, gozaba de reposo; pero todavía el cielo le vendía caro este favor, pues le había privado de la vista. Una hija joven le acompañaba

(1) Que significa *voz armoniosa.*

en la soledad, como Antígono guiaba los pasos de OEdipo sobre el Cytheron, o como Malvina conducía a Ossian a la tumba de sus padres.

A pesar de las numerosas injusticias que Chactas había experimentado de los franceses, él los amaba. Se acordaba siempre de Fenelón que le había hospedado, y deseaba poder servir en algo a los compatriotas de aquel hombre virtuoso. Se le presentó al fin una ocasión favorable. En 1725, un francés llamado Renato, impelido por pasiones y desgracias, arribó a la Luisiana: remontó el Meschacebé hasta los Naches, y pidió ser recibido entre los guerreros de aquella nación. Chactas lo examina, y, hallándolo firme en su resolución, lo adopta por hijo, y le da por esposa una india llamada Celuta. Poco tiempo después de este matrimonio, los salva jes se dispusieron para salir a la gran caza del castor.

El consejo de los Sachems (1) nombró a Chactas, aunque ciego, para comandar la partida, a causa del respeto que su nombre infundía a los pueblos de las selvas. Los ayunos y oraciones comienzan: los juglares interpretan los sueños: se consultan los Manitus, se hacen sacrificios de Nicociana; se queman rebanadas de lengua de Original (2), examinando si chirrian en las llamas, a fin de adivinar la voluntad de los Genios: se parte en fin después de haber comido el can sagrado, y Renato es del número. A la ayuda de las contra-corrientes, las piraguas remontan el Meschacebé y entran en el Ohio. Esto se hace en el otoño. Los magníficos desiertos del Kentucky se despliegan allí, a los ojos atónitos del joven francés. Una noche, a la claridad de la luna, cuando todos los salvajes dormían en el fondo de sus piraguas, y que la flota indiana huía ante una ligera brisa, Renato quedando solo despierto con Chactas, pide le cuente su vida. El viejo conviene en darle gusto, y sentado con él sobre la popa de su piragua, al ruido de las olas y en medio de la soledad, le habla de esta manera:

NARRACION

LOS CAZADORES

Extraño destino es, caro hijo, el que nos une en el desierto. Yo veo en tí el hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves

(1) Viejos o consejeros.

(2) Danta.

en mí el hombre salvaje que el Gran Espíritu, sin duda por sus designios, ha querido civilizar. Habiendo entrado ambos en el curso de la vida por extremos opuestos, tú has venido a reposarte en mi lugar, y yo he ido a sentarme en el tuyo: así debemos haber visto los objetos bajo un aspecto totalmente contrario. Cual de los dos haya ganado más, o más perdido en esta mudanza, sólo los Genios lo saben; estos Genios, de quienes el menos inteligente sobrepuja en sabiduría a todos los hombres juntos.

A la próxima luna de las flores (1) habrá siete veces diez nieves, y tres nieves más (2) que mi madre me echó al mundo sobre las orillas del Meschacebé. Poco tiempo hacía que los españoles se habían establecido en la bahía de Panzacola; pero ningún blanco habitaba todavía la Luisiana. Yo contaba apenas diez y siete caídas de hojas, cuando marché, con mi padre, el guerrero Utalissi, contra los Muscogulges, nación poderosa de la Florida: nos juntamos con los españoles nuestros aliados, y se dió la batalla sobre uno de los brazos del Maubile. *Aresqui* (3) y los *Manitus* no nos fueron favorables: los enemigos vencieron: mi padre perdió la vida en el combate; y yo fui herido dos veces defendiéndolo. ¡Ah, por qué no bajé yo entonces al *país de las almas!* (4), así habría evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra; pero los Espíritus lo ordenaron de otra suerte, y yo fui llevado por los fugitivos a San Agustín.

En esta ciudad nuevamente edificada por los españoles, corría el peligro de ser destinado al trabajo de las minas de México; cuando un viejo castellano, compadecido de mi juventud y de mi sencillez, me dió asilo, y me presentó a una hermana suya con quien vivía en el celibato.

Estos virtuosos hermanos me dieron las pruebas más evidentes de un tierno cariño, se encargaron de mi educación con el mayor esmero, y me dieron maestros en todas materias; pero, después de haber pasado en San Agustín treinta lunas, de repente se apoderó de mi el disgusto de la vida social, de manera que me sentía aniquilar por grados. A veces me quedaba por horas enteras, inmóvil, contemplando las cimas de los montes distantes: otras me en-

(1) Mes de mayo.

(2) Tomando nieve por año, 73 años.

(3) Dios de la guerra.

(4) Los infiernos.

contraban sentado a la orilla de un arroyuelo, que miraba tristemente correr: me figuraba los bosques que él había atravesado, y mi alma toda entera estaba transportada en la soledad. No pudiendo en fin contener el deseo de volverme al desierto, me presenté una mañana a López con mi vestido de salvaje, en una mano mi arco y flechas, y en la otra mis ropas europeas. Restituí éstas a mi generoso protector, y yo me eché a sus pies bañado en lágrimas, dándome nombres odiosos, y acusándome de ingrato. Por último le dije. ¡O padre mío! yo muero, tú mismo lo ves, si no vuelvo a tomar mi vida errante de indio. López, espantado, quiso apartarme de mi intento, representándome el peligro a que me exponía de caer de nuevo en manos de los Muscogulges. Pero viéndome resuelto a todo, llorando él mismo, y estrechándome entre sus brazos, "Ve, me dijo, magnánimo hijo de la naturaleza! Ve a gozar de esa preciosa independencia, que López no quiere usurparte. Si fuera más joven, yo mismo te acompañaría al desierto (donde tengo también dulces memorias) y te repondría en los brazos de tu madre. Cuando estuvieres en tus selvas, acuérdate algunas veces de este viejo español que te dió la hospitalidad, y no olvides nunca, para excitarte al amor de tus semejantes, que la primera prueba que has hecho del corazón humano ha redundado enteramente en su favor". López concluyó con una oración al dios de los cristianos, cuyo culto había yo rehusado abrazar, y nos despedimos con sollozos.

No tardé mucho en recibir el castigo de mi ingratitud. Extraviado en los bosques a causa de mi poca experiencia, di con una partida de Moscugulges y de Siminoles que me aprisionaron, según me lo había predicho López. En mi vestido, y en las plumas que traía en la cabeza, me reconocieron luego por Nache, me ataron, aunque ligeramente, en atención a mi juventud, y Simaghan, jefe de la tropa, quiso saber mi nombre. Yo le respondí: "Me llamo Chactas: soy hijo de Utalissi, hijo de Miscú, que han arrancado más de cien cabelleras a los héroes Muscogulges". Simaghan me dijo: "Chactas, hijo de Utalissi, hijo de Miscú, regocíjate, tú serás quemado en el gran pueblo". Bien va esto, repliqué yo, y entoné mi canción de muerte.

Aunque prisionero, no podía en los primeros días, dejar de admirar a mis enemigos. El Muscogulge, o más bien el Siminole su aliado, respira alegría, amor y contento: su andar es ligero, su trato franco y sereno: habla mucho y con volubilidad: su lenguaje es armónioso y fácil: la edad misma no puede quitar a los ancianos

esta sencillez. Cuales pájaros viejos del desierto, mezclan todavía sus antiguos acentos con los nuevos cantos de su posteridad.

Las mujeres que acompañaban la tropa mostraban, en una amable curiosidad, la piedad que les causaba mi juventud. Hacíanme preguntas sobre mi madre, y sobre los primeros días de mi vida. Querían saber si mi cuna de musco colgaba de las ramas floridas de los áceres, y si las brisas me mecían al lado del nido de los pajarillos. Otras mil cuestiones se dirigían a informarse del estado de mi corazón; si había visto una cierva blanca en sueños, y si los árboles del valle secreto me habían aconsejado que amase. Yo respondía con sencillez a las madres, a las hijas, y a las esposas de los hombres diciéndoles: "Vosotras sois las gracias del día, y la noche os ama al par del rocío: el hombre sale de vuestro seno para suspenderse a vuestros pechos y a vuestros labios: vosotras sabéis unas palabras mágicas que adormecen todos los dolores". He aquí lo que me enseñaba aquella que me echó al mundo, y que no me verá jamás. Aun más me decía: "*las vírgenes* son flores misteriosas, que se encuentran en los lugares solitarios". Estas alabanzas agradaban mucho a las mujeres. Ellas me colmaban de todo género de dones, me traían nata de nueces, azúcar de ácer, sagamite (1), jamones de oso, pieles de castor para adornarme, y musco para acostarme: cantaban, reían conmigo, y después se ponían a verter lágrimas acordándose que me habían de quemar.

Una noche, estando yo sentado a la lumbre que se hacía en el monte, junto con el guerrero destinado a mi custodia, oigo un susurro de ropas que se arrastraban sobre las hierbas, y de repente veo una mujer medio tapada que viene a sentarse a mi lado. Las lágrimas rebozaban en sus párpados, y un pequeño crucifijo de oro brillaba sobre su pecho con el reflejo de la lumbre. Era de una hermosura regular; pero se notaba en su semblante un no sé que de virtuoso y apasionado, a cuyo atractivo no se podía resistir. A esto añadía otras gracias más tiernas. Sus miradas expresaban una suma sensibilidad, unida a una profunda melancolía. Su sonrisa era celestial.

Creí que aquella era *la virgen de los últimos amores;* aquella virgen que se envía al prisionero de guerra, para distraerlo en algún modo de los horrores de la muerte. En esta persuación la dije, tartamudeando, y con una turbación que ciertamente no era del

(1) Especie de pasta.

miedo de la hoguera: "Virgen, tú eres digna de los primeros amores, y no has nacido para los últimos. Los latidos de un corazón que en breve se helará, mal pueden responder a los del vuestro. ¿Cómo mezclaré yo la muerte y la vida? ¡Ah! tú me harás sentir demasiado la luz que voy a perder. ¡Sea otro más dichoso que yo, y únanse la yedra y la encina con estrechos abrazos por largo tiempo!".

La doncella me dijo entonces. "Yo no soy la virgen de los últimos amores. ¿Eres cristiano?" Yo respondí que nunca había abandonado los Genios de mi cabaña. A estas palabras, la virgen haciendo un movimiento involuntario, me dijo: "Lástima me da el que no sea más que un miserable idólatra. Mi madre me hizo cristiana, mi nombre es Atala, hija de Simaghan el de los brazaletes de oro, y jefe de los guerreros de esta tropa. Nosotros vamos a Apalachucla, donde tú serás quemado". Dijo, y levantándose se alejó.

Aquí Chactas se vió obligado a interrumpir su narración. Una multitud de memorias oprimieron su alma, y dos fuentes de lágrimas corrieron de sus ojos cerrados, por sus mejillas marchitas; así como dos manantiales escondidos en la profunda noche de la tierra, se manifiestan por las aguas que dejan filtrar entre las peñas.

"¡O hijo mío! prosiguió en fin, tú ves cuán poco prudente es Chactas, a pesar de la fama de su prudencia. ¡Ay mi caro hijo! ¡Los hombres no pueden ver ya, y pueden todavía llorar! Por espacio de muchos días la hija del Sachem volvió todas las noches a hablarme junto a la lumbre. El sueño había huído de mis ojos, y Atala ocupaba mi corazón, como la casa de mis padres mi memoria".

El décimo-séptimo día de marcha, hacia el tiempo en que el efémero sale de las aguas, entramos en la gran sabana Alachua. Esta se halla rodeada de colinas, que huyendo unas tras otras, y elevándose hasta las nubes, hacen una gradería de florestas variada de copales, de limones, de carrascas y de magnolias. El jefe dió el grito que indicaba la llegada, y la tropa se acampó al pie de los collados. A mí me retiraron a poca distancia, junto a la orilla de uno de aquellos *pozos naturales* tan famosos en la Florida, me ataron al tronco de un árbol, y un guerrero, con un semblante impaciente, me velaba. Pocos instantes había que estaba en este lugar, cuando se aparece Atala bajo los liquidámberas de la fuente; y volviéndose hacia el héroe Muscogulge le dice: "Cazador, si quieres seguir las cabras monteses, yo guardaré el prisionero". A la propuesta de la

hija del jefe, el guerrero saltó de contento, y bajando a toda prisa de la cumbre de la colina, se desapareció en la llanura.

¡Extraña condición del corazón del hombre! Yo que había deseado tanto declarar el misterio a la que amaba ya como al sol, en aquel instante, suspenso y confuso, creo que habría querido más bien ser echado a los cocodrilos de la fuente, que verme solo con Atala. La guarda del hombre del desierto estaba tan turbada como su prisionero: los Genios del amor nos habían arrebatado las palabras, y el silencio cerraba nuestros labios. Por último la hija del belicoso Simaghan, esforzándose, dijo así: "Guerrero, tú estas flojamente atado, podías escaparte con facilidad". A estas palabras mi leigua recobró su valor, y la respondí: "¡Flojamente atado, oh, mujer!..." y no pude proseguir. Atala se quedó indecisa por algunos instantes, y después me dijo: "Huye": y me desató del árbol. Yo tomé el cordel, lo puse en manos de la doncella extranjera, forzando sus delicados dedos a apretar mis lazos: "Vuélvelo a tomar, vuélvelo a tomar! exclamé yo". "Tú eres un insensato, dijo Atala, con una voz agitada: ¡desventurado! ¿no sabes que serás quemado? ¿Qué pretendes? ¿Estás bien seguro que soy la hija de un temible Sachem?" "Hubo un tiempo, repliqué yo enternecido, en que mi madre me llevaba sobre sus espaldas en una piel de castor: mi padre tenía también una bella choza, y sus cabritos bebían las aguas de mil arroyuelos; mas ahora ando errante y sin patria: cuando ya no exista más, no tendré un amigo que eche un poco de hierba sobre mi cuerpo para preservarlo de las moscas: el cuerpo de un extranjero desgraciado no interesa a nadie".

Estas palabras enternecieron a Atala, y sus lágrimas cayeron en la fuente. "¡Ah! proseguí yo con viveza, ¡si tu corazón hablara como el mío! ¿No está libre el desierto? ¿No tienen las selvas en su verde ropaje pliegues en que ocultarnos? ¿Necesitan acaso los hijos de las cabañas tantas cosas para ser felices? ¡Oh doncella, más hermosa que el primer sueño del esposo! Oh amor mío! Atrévete a seguir mis pasos a la soledad". A estas palabras, Atala con una voz dulce me respondió "Tierno amigo mío, tú has aprendido el lenguaje de los blancos, y una india es fácil de engañar". "Cómo, repliqué yo, tu me llamas *tierno amigo tuyo!* ¡Ah! si un pobre esclavo... "Pues bien!" díjome inclinándose sobre mi pecho, "un pobre esclavo..." Entonces, lleno de ardor, dije: "Que un solo beso lo asegure de tu fe". Atala oyó mi súplica, y yo quedé colgado a los labios de mi amada, como parece quedarlo el cervatillo a las flores

de los bejucos rosados, que coge con su delicada lengua en lo escarpado de la montaña.

"¡Ay de mí! querido hijo, la felicidad toca de cerca el infortunio. ¡Quién hubiera creído, que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, era el mismo que escogía para clavarme un puñal en el pecho! Canas del viejo Chactas, ¡cuál fué vuestro espanto al oír a la hija del desierto pronunciar estas palabras! "Bello prisionero, yo he cedido locamente a tu deseo; pero ¿a dónde nos llevará esta reciente pasión? Mi religión me separa de ti para siempre... ¡O madre mía! ¿qué has hecho?..." Atala se contiene, y muestra en la prontitud de su silencio, que algún fatal secreto había querido escaparse de sus labios. Sus palabras me indujeron a una desesperación, tanto mas violenta, cuanto mis esperanzas habían sido más vivas. "Pues bien, la dije, yo imitaré tu crueldad: ya no quiero huír. Tú me verás en el cuadro de la hoguera, oirás los gemidos de mi carne en las llamas, y te llenarás de regocijo". Atala tomó mis manos entre las suyas, y apretándomelas exclamó: "¡Pobre joven idólatra; me causas realmente compasión! ¿quieres tú que yo llore de todo mi corazón? ¡Qué lástima que yo no pueda huirme contigo! ¡desgraciado ha sido el vientre de tu madre, oh Atala! ¡Por qué no te echas al cocodrilo de la fuente!"

Era precisamente aquel el instante en que los cocodrilos, sintiendo la ausencia del sol, empezaban a anunciarla con sus rugidos. Atala me dijo: "Dejemos esta gruta tenebrosa". Yo convine, y me llevé la hija de Simaghan a las faldas de los collados, que formaban golfos de verdura, avanzando sus promontorios en las sabanas. Todo estaba tranquilo, magnífico, solitario y melancólico en el desierto. La cigüeña gritaba en su nido, los bosques retumbaban con el canto monótono de las codornices, algarabía de las cotorras, mugido de bisontes y relinchos de yeguas siminoles.

Nuestro paseo fue casi mudo. Yo caminaba al lado de Atala, y ella tenía la punta del cordel que yo le había obligado a tomar. A veces derramábamos lágrimas, y a veces buscábamos como sonreirnos: una mirada, ya elevada al cielo, ya fijada en la tierra: un oído atento al canto del pajarillo: un gesto al ver el sol poniéndose: una mano suavemente apretada: un pecho alternativamente palpitante y tranquilo: los nombres de Chactas y de Atala dulcemente repetidos por intervalos... ¡Oh primer paseo del amor, hecho con Atala en el desierto! ¡Cuán poderosa debe ser tu memoria, para con-

mover todavía el corazón del viejo Chactas, al cabo de tantos años de infortunios!"

"¡Incomprensibles son los corazones agitados por las pasiones! Yo acababa de abandonar al generoso López, y de exponerme a tantos peligros por ser libre, y en un instante, la vista sola de una mujer muda todos mis gustos, mis resoluciones y mis pensamientos. Olvidando mi país, mi madre, mi cabaña y la espantosa muerte que me aguardaba, me había hecho indiferente para todo lo que no era Atala. Sin fuerza para elevarme a raciocinar como hombre, había caído súbitamente en una especie de infancia; y lejos de poder hacer nada por mí mismo, casi habría necesitado de alguno que se encargase de mi sueño y de mi alimento".

"En vano Atala, después de nuestras vueltas por la sabana, me instó de nuevo echándose a mis pies para que la dejase. Yo le protesté que me volvería solo al campo, si ella rehusaba el atarme al pie de mi árbol, como antes estaba. Viéndome así resuelto, no pudo menos que condescender, esperando ocasión más oportuna para convencerme".

"Al día siguiente, que fue el que decidió sobre el destino de mi vida, nuestra tropa se detuvo en un valle, no lejos de Cuscowilla capital de los Siminoles. Estados Indios, unidos con los Muscogulges, forman la confederación de los Creeks. La hija del *país de las palmas*, me vino a ver en el paso de la noche, me condujo a una floresta de pinos, y allí renovó sus ruegos para determinarme a la fuga. Yo sin responder palabra, así de la mano aquella cierva sedienta, y la obligué a seguir mis pasos inciertos por la floresta. La noche estaba deliciosa. El Genio de los aires sacudía su cabellera azul, embalsamada con la aroma de los pinos, y se respiraba el suave olor de ámbar que exhalan los cocodrilos acostados bajo los tamarindos de los ríos. La luna brillaba en medio de un azul purísimo, y su luz color de perla fluctuaba sobre la movible cima de los montes. Todo en un profundo silencio, no se percibía otro ruido que el de una armonía confusa que reinaba en el centro del bosque. Se diría que el alma de la soledad suspiraba en la vasta extensión del desierto".

"En esto, columbramos por entre los árboles un joven con una antorcha en la mano, semejante al Genio de la primavera, recorriendo las florestas para dar nueva vida a la naturaleza: y era un amante que iba a informarse de su suerte a la cabaña querida. Si la doncella apagaba la antorcha, era signo de aceptarlo por es-

poso, si por el contrario no la apagaba, y se cubría el rostro con un velo, era señal que rehusaba sus ofertas. El guerrero, dejándose ir por las sombras, cantaba a media voz las siguientes palabras:

"Yo adelantaré mis pasos a los del día sobre la cumbre de las montañas, para sorprender a mi paloma solitaria en la rama de la floresta".

"Yo he atado a su cuello un collar de porcelanas (1): en él se ven tres cuentas encarnadas por mi amor, tres moradas por mis temores, tres azules por mi esperanza".

"Mila tiene los ojos de armiño: la cabellera fluctuante como un campo de arroz: su boca es una concha, su color de rosa guarnecida de perlas: sus pechos son como dos cabritos sin mancha, nacidos en un mismo día, de una sola madre".

"¡Quiera Mila apagar esta antorcha! ¡Quiera su boca echar sobre ella una sombra amorosa! Yo fertilizaré su seno: la esperanza de la patria penderá de sus fecundos pechos, y yo fumaré mi calumé (2) sobre la cuna de mi hijo".

"¡Ah! déjame adelantar mis pasos a los del día sobre la cumbre de las montañas, para sorprender a mi paloma solitaria en la rama de la floresta".

"Así cantaba aquel joven, cuyos acentos penetraron hasta lo íntimo de mi corazón, e hicieron mudar de semblante a Atala: nuestras manos unidas temblaron una dentro de otra. Pero luego nos distrajo de esta escena otra no menos peligrosa para nosotros: porque pasamos junto a un sepulcro, que servía en la soledad de límite a dos naciones. Este era el sepulcro de un niño, puesto expresamente al lado del camino, según el uso, para que las mujeres jóvenes que iban a la fuente pudiesen, al pasar, atraer a su vientre el alma de la inocente criatura, y restituirla a la patria. Veíanse re-

(1) Especie de conchas.

(2) Especie de pipa de los Americanos.

cién-casadas, que ansiosas por las dulzuras de la maternidad, procuraban, entreabriendo sus labios, aspirar el alma del niño que creían ver volar entre las flores. Luego se hizo lugar a la verdadera madre, que entró a poner sobre la tumba una garba de maíz y flores de lis blancas: roció la tierra con su leche, y después, sentándose sobre la hierba húmeda, habló tiernamente a su hijo de esta manera:

"¡Oh mi recién-nacido! ¿por qué te lloraba yo en tu cuna de tierra? Cuando el pajarillo es grande, es preciso que él mismo se busque su alimento; y en el desierto encuentra bastantes granos amargos. Tú a lo menos has ignorado lo que es el llanto: a lo menos tu corazón no ha estado expuesto al aliento devorador de los hombres. El botón que se seca en su capullo expira con todos sus perfumes, como tú ¡oh hijo mío! con toda tu inocencia. ¡Dichosos los que mueren en la cuna, que no han conocido sino los besos y la sonrisa de una madre!".

"Nuestro espíritu ya dominado por nuestro corazón, se sintió abrumado con el peso de tantas imágenes de amor y de maternidad, que al favor de la noche, y en medio de aquellas soledades encantadas, parecían reunirse de concierto para confundirnos. Yo me llevé a Atala en mis brazos al centro de las selvas, y allí la dije cosas que en vano quería profiriesen ahora mis labios. El viento del mediodía, amado hijo, pierde su calor al pasar por los valles helados, y las memorias del amor en el corazón de un anciano, son como los rayos del sol, cuando ausentes del horizonte reflectan por el apacible disco de la luna, y dejan caer sobre las chozas de los salvajes el silencio y la melancolía.

"¿Quién podía salvar a Atala? Nadie. ¿Quién podía impedirle el ceder a la naturaleza? Nada: sólo un milagro; y este milagro se hizo. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los cristianos, se postró en tierra, y prorrumpió en una ferviente oración dirigida a su madre, y a la Reina de las vírgenes. ¡Oh Renato! Desde aquel momento fue que yo concebí una maravillosa idea de esta religión que, en las florestas, en medio de todas las privaciones de la vida, puede colmar de mil auxilios a dos desgraciados: de esta religión que, oponiendo su poder al impetuoso torrente de las pasiones, basta sola para vencer la inclinación más fogosa, aun cuando todo esté en favor de ésta, el secreto de los bosques, la ausencia de los hombres y la fidelidad de las tinieblas. ¡Ah! qué divina me pareció la simple salvaje, la ignorante Atala, arrodillada, como ante un altar,

al pie de un pino carcomido, ofreciendo a su Dios, por sobre las cimas de los montes, sus votos por un amante idólatra! ¡Sus ojos elevados hacia el astro de la noche, y sus mejillas brillando con las lágrimas de la religión y del amor, representaban una belleza inmortal. Muchas veces me pareció que iba a volar a los cielos; muchas veces creí ver bajar por los rayos de la luna, y oir entre las ramas de los árboles esos Genios, que el Dios de los cristianos envía a los ermitaños que habitan en las peñas, cuando dispone llamarlos a sí. Yo me afligí, porque preví que Atala tenía ya poco tiempo que vivir sobre la tierra.

"Entretanto, fueron tantas las lágrimas que derramó, tal el abatimiento que mostró, que yo me vi a punto de consentir en alejarme de ella; cuando el grito de muerte resuena en la floresta, y cuatro hombres armados se arrojan sobre mí. Habíase ya descubierto nuestra fuga, y el jefe de guerra había dado orden de perseguirnos".

"Atala que parecía una reina en la majestad de su continente y de sus pensamientos, se desdeñó de hablar a los guerreros: les echó una ojeada de superioridad, y se fue a presentar a su padre.

"Nada pudo conseguir. Mis guardias se doblaron, mis cadenas se multiplicaron, y a mi amante la hicieron retirar. Pasadas cinco noches divisamos Apalachucla situada a la margen del río Chata-Uche. Al instante me coronan de flores, me pintan la cara de azul y bermellón, me cuelgan perlas de la naríz y las orejas, y me ponen en la mano un chichikué (1).

"Así adornado para el sacrificio entro en Apalachucla confundido con los gritos repetidos de la turba. Ya mi vida llegaba a su término, cuando de repente se oye el ruido de un caracol, y el Mico o jefe de la nación manda juntar el consejo.

"Tú sabes, hijo mío, los tormentos que los salvajes hacen padecer a los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos, exponiendo sus vidas con una caridad infatigable, habían llegado a conseguir con varias naciones, que se substituyese una esclavitud bastante suave, en lugar de los horrores de la hoguera. Los Muscogulges no habían adoptado aún esta costumbre; pero un partido numeroso se había declarado a su favor, y el Mico convocaba entonces a los Sachems para decidir sobre este importante negocio. Yo fui por último llevado al lugar de las deliberaciones.

(1) **Instrumento de Salvajes.**

"No lejos de Apalachucla, sobre un montecillo aislado, se levantaba el pabellón del consejo. Tres órdenes de columnas en círculo formaban la elegante arquitectura de aquella rotunda. Las columnas eran de cipreses labrados y esculpidos, aumentando en altura y groseza, y disminuyendo en número, a proporción que se iban acercando al centro, el cual estaba señalado con un pilar solo. De la extremidad de éste salían tiras de cortezas, que pasando sobre los remates de las otras columnas, cubrían el pabellón en forma de un abanico calado.

"El consejo se junta. Cincuenta ancianos, con magníficas capas de castor, se sientan por su orden en una especie de gradería, haciendo frente a la entrada del pabellón, el Gran Jefe se coloca en medio de todos, y empuña el calumé de paz, medio coloreado en señal de guerra. A la diestra de los ancianos, toman lugar cincuenta mujeres cubiertas con ropajes undosos de plumas de cisne. Los jefes de guerra con el Tomahawk en la mano, el penacho en la cabeza, las manos y el pecho teñidos de sangre ocupan la izquierda de los padres de la patria.

"Al pie de la columna central arde el fuego del consejo. El primer juglar, rodeado de los ocho guardianes del templo, vestido de hábitos largos, con un buho lleno de paja en la cabeza, derrama bálsamo de copal sobre las llamas, y ofrece un sacrificio al sol. Este triple orden de ancianos, de matronas, de guerreros: estos sacerdotes, estas nubes de incienso, este sacrificio, da al consejo salvaje un aparato extraordinario y pomposo.

"Yo estaba de pie maniatado en medio de la asamblea. Acabado el sacrificio, el Mico toma la palabra, expone con sencillez el asunto que reune el consejo, y arroja en la sala un collar azul en testimonio de lo que acaba de decir.

"Entonces un Sachem de la tribu del águila se levanta y habla así:

"Padre Mico, Sachems, Matronas, Guerreros de las cuatro tribus del águila, del castor, de la serpiente y de la tortuga, no mudemos en nada los usos de nuestros abuelos: quememos el prisionero, y no enervemos nuestro valor. La que se os propone es una costumbre de los blancos, que no puede ser sino perniciosa. Dadme un collar encarnado que contenga mis palabras".

"He dicho".

"Y arroja un collar encarnado entre la asamblea".

"Una matrona se levanta y dice:

"Padre Aguila, vos tenéis el espíritu de una raposa, y la prudente lentitud de una tortuga. Yo quiero estrechar entre nosotros dos los lazos de la amistad: y así plantaremos el árbol de la paz; pero mudemos las costumbres de nuestros abuelos en lo que tienen de funesto. Tengamos esclavos que cultiven nuestros campos, y no oigamos más los gritos del prisionero, que estremecen el seno de las madres".

"He dicho".

"Así como se ven estrellar las olas durante una borrasca; así como un torbellino en tiempo de otoño levanta las hojas secas: así como los carrizos del Meschacebé se doblan y se enderezan en una inundación repentina; así como una gran manada de ciervos brama en el centro de una selva; así se agitaba y murmuraba el consejo. Sachems, guerreros, matronas hablan por turnos o todos a un tiempo. Los intereses se chocan, las opiniones se dividen, y el consejo va a disolverse. Pero al fin el uso antiguo prevalece, y se determina que debo ser quemado, con los tormentos acostumbrados".

"Una circunstancia vino a retardar mi suplicio. Se acercaba la *fiesta de los muertos,* o el *convite de las almas,* y es de uso el no dar muerte a los cautivos en los días consagrados a esta gran ceremonia. Entretanto, me pusieron bajo una guardia severa, y sin duda los Sachems hicieron retirar a la hija de Simaghan, porque no la volví a ver".

En este intervalo llegaban de tropel las naciones de más de trescientas leguas en contorno, a celebrar el *convite de las almas;* a cuyo efecto se había construído una larga choza en un sitio excusado del desierto. El día destinado, cada nación exhumó los huesos de sus padres de sus sepulcros particulares, y colgó sus esqueletos por orden y por familias a las paredes lateralese de la *sala común de los abuelos.* Los vientos (porque se había escogido el momento de una tempestad) los vientos, los bosques, las cataratas rugían por defuera, mientras que los ancianos de diversas naciones concluían entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre la osamenta de sus padres".

"Se celebran los juegos fúnebres, la carrera, la pelota, la taba. Dos doncellas bregan por quitarse una varilla de sauce. Sus pechos se rozan, sus bocas se encuentran, sus manos se cruzan sobre la varilla que levantan por encima de la cabeza, sus bellos pies desnudos

se entrelazan, sus suaves alientos se confunden, ellas se encorvan, se enredan los cabellos, miran a sus madres, se ponen coloradas (1), y todos aplauden. El juglar invoca a Michabú, Genio de las aguas. Refiere las guerras de la gran liebre contra Kichimanitu, Dios del mal. Habla del primer hombre, y de la hermosa Atachensic, la primera de todas las mujeres, precipitados del cielo por haber perdido la inocencia: de la tierra manchada con la sangre fraternal: de Juskeka el impío, inmolando al justo Tahuizaron: del diluvio cayendo a la voz del Gran Espíritu: de Massu, único que se salvó en su canoa de corteza; y del cuervo enviado al descubrimiento de la tierra. El habia aun de la hermosa Endaé, sacada del país de las almas por las dulces canciones de su esposo".

"Después de estos juegos y cánticos, se disponen a dar a los abuelos una eterna sepultura. Veíase sobre la orilla del río Chata-Uche una higuera silvestre que el culto de los pueblos había consagrado. Era costumbre de las doncellas lavar sus vestidos de corteza en este lugar, y exponerlos al ambiente del desierto, sobre las ramas del árbol antiguo, cerca del cual habían cavado un inmenso sepulcro. Salen todos de la sala fúnebre cantando el himno a la muerte, y cada familia lleva alguna reliquia sagrada: hasta lo niños tiernos van cargados con los grandes huesos de sus padres. En esta solemne procesión llegan a la tumba, bajan las reliquias, las extienden por capas, separando cada una con pieles de oso y de castor, levantan la tierra en túmulo, y plantan encima el árbol de las lágrimas y del sueño.

"¡Lamentemos a los hombres, caro hijo mío! Estos mismos indios cuyas costumbres conmueven tanto, estas mismas mujeres que me habían dado pruebas del más tierno interés, son los mismos que piden ahora a gritos mi suplicio; y naciones enteras difieren su partida, por tener el gusto de ver a un desgraciado joven padecer tormentos espantosos.

"A cierta distancia del gran pueblo, en un valle hacia el norte, se elevaba un bosque sombrío de cipreces y abetos llamado *el bosque de la sangre,* a donde se llegaba por entre las ruinas de aquellos monumentos antiguos, pertenecientes en otro tiempo a un pueblo desconocido en el desierto. En el centro de este bosque se extendía una vasta arena, donde se inmolaban los prisioneros de guerra, y allí se me condujo en triunfo. Todo se prepara para mi muerte: se planta el poste de Areskui: los pinos, los olmos y los cipreces secos caen al

(1) Se distingue bien el rubor en las mejillas de las jóvenes Salvajes.

golpe de la hacha: la hoguera se levanta: los espectadores forman anfiteatros de ramos y troncos de árboles: cada uno inventa un suplicio; cual se propone arrancarme la piel del cráneo, cual quemarme los ojos con hierros encendidos, y yo empiezo mi canción de muerte".

"Yo no temo los tormentos; yo tengo valor ¡Muscogulges! y os desafío; os desprecio más que a las mujeres. Mi padre, el famoso Utalissi, hijo de Miscú ha bebido en el cráneo de vuestros más famosos guerreros. Vosotros no arrancaréis un suspiro de mi corazón".

"Irritado con mi canción, uno de los guerreros me traspasó el brazo con una flecha, y yo le dije: hermano, te lo agradezco".

"A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudieron acabarse antes de anochecer. Se consulta al juglar, éste prohibe el perturbar los *Genios de las sombras,* y mi muerte se difirió todavía hasta el día siguiente. Pero con el ahínco de gozar del espectáculo, y para estar más prontos al apuntar el alba, no quisieron desamparar *el bosque de la sangre,* sino pasar allí la noche en danzas y festines, alrededor de grandes fuegos".

"Entretanto, me tendieron de espaldas, me ataron del cuello, pies y brazos con cuerdas que iban a asegurarse a unas estacas clavadas en tierra, y sobre las cuerdas se acostaron varios guerreros; de manera que yo no podía hacer el más mínimo movimiento sin que ellos lo sintiesen. La noche crece, los cantos y las danzas van cesando sucesivamente, ya los fuegos no despiden más que una luz bermejiza, y todavía se ven pasar delante de ella las sombras de algunos salvajes errantes: todo se entrega al sueño. Al paso que el ruido de los hombres se disminuye se aumenta el del desierto, y los lamentos del viento en el bosque suceden al tumulto de las voces".

"Aquella era la hora en que la joven india que acaba de ser madre, se levanta sobresaltada en el peso de la noche, creyendo oir el llanto de su primogénito que le pide el dulce alimento. Los ojos fijados en el cielo, por donde erraba la luna entre nubes, yo reflexionaba sobre mi destino. Atala me parecía un monstruo de ingratitud. ¡Yo, que había querido más bien sacrificarme a las llamas que dejarla!... ¡Abandonarme en el momento del suplicio!... Con todo, yo sentía que la amaba siempre, y que moría con regocijo por ella.

"Así como en los placeres excesivos tenemos siempre un aguijón que nos despierta, advirtiéndonos que aprovechemos los breves instantes de su duración, así por el contrario, en los grandes conflictos, no nos falta una cierta pesadez que nos adormece. Unos ojos can-

sados de llorar quieren naturalmente cerrarse, porque hasta en nuestros infortunios nos hace sentir la Providencia los efectos de su bondad. Yo cedí al fin, sin poderlo remediar, a este pesado sueño de que gustan a veces los miserables. Soñaba que me aflojaban las ligaduras, y creía sentir aquel alivio que se experimenta, cuando después de haber estado fuertemente oprimido, una mano caritativa rompe nuestras cadenas".

"Tan viva fue esta sensación, que me hizo levantar los párpados; y con un rayo de la pálida luz de la luna, que pasaba entre dos nubes, entreveo una gran figura blanca inclinada sobre mi, empeñada en desanudar silenciosamente mis lazos. Yo iba a dar un grito, cuando una mano, que al instante conocí, me tapó la boca. Una sola cuerda faltaba; pero parecía imposible romperla, sin tocar un guerrero que la cubría toda con su cuerpo. Atala la pulsa, el guerrero la siente y se endereza medio despierto: Atala se queda inmóvil mirándolo: el indio cree que es el *Espíritu de las ruinas,* se vuelve a acostar cerrando los ojos e invocando a su Manitú. El lazo se rompe al fin, yo me levanto y sigo a mi libertadora. Pero ¡cuántos peligros nos rodean! Ya nos vemos a punto de tropezar con los salvajes que estaban dormidos en la obscuridad; ya nos interroga una guardia, y Atala responde fingiendo la voz; ya gritan los niños; ya nos ladran los perros al pasar. Apenas nos hallamos fuera de aquel funesto circuito, cuando los alaridos conmueven la floresta. El campo se despierta, los fuegos se encienden, los salvajes con hachones en las manos se ven correr por todas partes: nosotros apresuramos nuestra fuga".

"Para cuando la aurora salió del oriente, ya estábamos lejos en el desierto. ¡Gran Espíritu! ¡Tú sabes cuál fue mi felicidad al encontrarme otra vez en la soledad con Atala; con Atala mi libertadora; con Atala que se me consagraba para siempre! Las palabras faltaron a mi lengua, yo me arrodillé, y dije a la hija de Simaghan: "La pequeñes del hombre es mucha, y si los Genios lo visitan el hombre es nada. Tú eres un Genio, tú me has visitado, y yo no puedo hablar delante de tí". Atala me alargó la mano con una sonrisa melancólica. "Preciso es que yo te siga, dijo, puesto que no quieres huir sin mí. Esta noche he seducido al juglar con regalos, he embriagado a tus verdugos con esencia de fuego (1), y he debido arriesgar mi vida por tí ya que tú habías dado la tuya por mí. ¡Sí: joven idólatra! añadió ella con un acento que me atemorizó, el sacrificio será recíproco".

(1) Aguardiente.

"Atala me entregó las armas que había traído, me curó la herida enjugándola con una hoja de papaya, pero mojándola con sus lágrimas. "Es un bálsamo, la dije: lo que derramas sobre mi llaga". "Temo no sea más bien una ponzoña, me respondió, porque sale del corazón". Luego rasgó uno de los velos que cubrían su pecho, y con él hizo un cabezal, que me ató al brazo con una trenza de sus cabellos".

"La embriaguez, en los salvajes, es una especie de enfermedad que les dura mucho tiempo; y esto fue, sin duda, lo que les impidió perseguirnos durante los primeros días. Es probable que, si nos buscaron luego, fuese hacia el occidente, creyendo que habríamos bajado al Meschacebé; pero nosotros habíamos dirigido nuestro rumbo hacia la estrella inmóvil (1), gobernándonos por el musco de los troncos de las encinas".

"No fue menester mucho tiempo para que conociésemos lo poco que habíamos ganado con mi libertad. El desierto desenvolvía ya delante de nosotros sus interminables soledades. ¿Qué iba a ser de nosotros en aquellos montes salvajes, extraviados de nuestro verdadero camino, andando al acaso, sin conocimiento de la vida de los bosques? Muchas veces, mirando a Atala, me acordaba de aquella historia antigua de Agar que López me había hecho leer, sucedida en el desierto de Bersabé, allá en tiempos pasados, cuando los hombres vivían por tres edades de la encina".

"Atala me hizo un manto de la segunda corteza del fresno, porque estaba casi desnudo: me bordó unas mocasinas (2) de piel de rata almizclada, con pelos de puercoespín. Yo, por mi parte, tenía también cuidado de su adorno: ya le ponía en la cabeza una corona de malvas azules, que encontrábamos en el camino, en los cementerios abandonados por los Indios; ya le hacía collares de granos encarnados de azale; y después me ponía a sonreir contemplando su maravillosa hermosura".

"Cuando encontrábamos algún río lo pasábamos, o encima de una balsa, o a nado. Atala se sostenía de mis hombros con una mano, y como dos cisnes viajantes, atravesábamos aquellas ondas solitarias".

"En los grandes calores del día, nos poníamos de ordinario a cubierto bajo los muscos de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, principalmente el cedro y la carrasca, están cubiertos de un

(1) El norte.
(2) Calzado que usan los Indios.

musco blanco, que desciende desde sus ramas hasta el suelo. Cuando de noche, a la claridad de la luna, percibieras sobre la desnudez de una sabana una encina sola revestida de este ropaje creerías ver un fantasma arrastrando tras sí sus largos velos. La escena no es menos pintoresca en el peso del día: porque una multitud de mariposas, de luciérnagas, de colibris, de cotorras verdes, de grajas azules vienen a prenderse a estos muscos, y a hacer con ellos el efecto de un tapiz de lana blanca, en que el artífice Europeo habría bordado un conjunto de insectos y de pajarillos brillantes".

"En estos maravillosos hospedajes, preparados en medio de la soledad por el Gran-Espíritu, nos reposábamos al mediodía. Cuando los vientos bajaban del cielo a mover este alto cedro: cuando el aéreo edificio fundado sobre sus ramas fluctuaba con las avecillas y los viajantes dormidos bajo su abrigo: cuando mil suspiros salían de las bóvedas y corredores de ésta vacilante mansión; las siete maravillas del antiguo mundo no podrían compararse con este monumento del desierto".

"Todas las noches hacíamos una gran lumbrada, y nos construíamos la choza de viaje con una corteza puesta sobre cuatro piquetes. Si yo había matado alguna pava de monte, paloma zurana o faisán silvestre, lo suspendíamos en la punta de una vara plantada en tierra delante de una encina inflamada, y dejábamos al viento el cuidado de voltear la presa del cazador. Comíamos muscos llamados tripas de roca, cortezas azucaradas de abedul, y manzanas de Mayo que reunían el gusto del durazno y de la frambuesa. El nogal negro, el zumaque, el ácer proveían de vino nuestra mesa solitaria. A veces yo iba a buscar entre las cañas una planta, cuya flor larga a manera de corneta, contenía una copa del más puro rocío. Bendecíamos la Providencia que, en medio de aquellas lagunas corrompidas, y en el débil tallo de una flor, había puesto aquella fuente cristalina; así como ha puesto la esperanza en el fondo de los corazones ulcerados con las pesadumbres, y así como ha hecho brotar la virtud del seno de las miserias de la vida".

"Pero ¡ay de mi! que en breve conocí que la tranquilidad aparente de Atala me había engañado. Al paso que nos avanzábamos en el desierto, ella se entristecía. Cada rato se sobresaltaba sin motivo, y volvía la cara con precipitación; y a veces la sorprendía observándome con unos ojos apasionados, que inmediatamente volvía hacia el cielo lleno de una profunda melancolía. Lo que sobre todo me asustaba era no sé qué secreto, no sé qué pensamiento oculto en lo inte-

rior de su alma, que sus ojos me indicaban. Siempre atrayéndome y rechazándome, avivando y destruyendo mis esperanzas, cuando creía haber hecho algún progreso en su corazón, me volvía a encontrar en el mismo punto. Cuantas veces me dijo: ¡Oh mi amado joven! ¡Yo te amo como la sombra de los bosques en medio del día! ¡Tú eres hermoso como el desierto con todas sus flores, y todas sus brisas! si me inclino hacia ti, me estremezco: Si mi mano cae sobre la tuya, me parece que voy a morir. El otro día, mientras tú reposabas reclinado en mi pecho, el viento me echó tus cabellos sobre la cara, y yo creía sentir el suave tacto de los Espíritus invisibles. Sí: yo he visto las cabras monteses de la sierra de Occúa: yo he oído los discursos de los hombres saciados del día (1); pero la dulzura de los cabritos, y la sabiduría de los ancianos son menos agradables, y menos fuertes que tus palabras. ¡Y bien, mi pobre Chactas! ¿No seré yo nunca tu esposa?

"Las continuas contradicciones del amor y de la religión de Atala, el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres, la entereza de su carácter y su profunda sensibilidad, la elevación de su alma en las cosas grandes y su delicadeza en las pequeñas, todo me la hacía incomprensible. Atala no podía tomar sobre un hombre un imperio limitado: llena de pasiones, estaba llena de poder: era preciso adorarla, o aborrecerla".

"Después de quince noches de una marcha precipitada, entramos en la cordillera de los montes Allegany, y alcanzamos a uno de los brazos del Tenaso, río que desemboca en el Ohio. Por dirección de Atala construí una canoa que cubrí con goma de ciruelo, después de haber cosido bien las cortezas con raíces de abeto; me embarqué con ella, y abandonamos nuestra suerte al curso de las corrientes".

"Sobre la izquierda, a la vuelta de un promontorio, se descubría el lugar de Estico con sus tumbas piramidales, y sus chozas arruinadas, y a la derecha dejábamos el valle de Keow, terminado con la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas al frente de la montaña del mismo nombre. Arrastrados por el río, corríamos con él por entre peñascos empinados, y sobre sus cumbres veíamos ponerse el sol. La presencia del hombre no turbaba aquellas profundas soledades. No vimos más que un indio cazador, que apoyado sobre su arco, e inmóvil sobre la punta de una roca, semejaba una estatua erigida en la montaña al Genio de los desiertos".

(1) Cansados de vivir.

"Atala y yo añadíamos nuestro silencio al de aquella escena del mundo primitivo; cuando de repente, la hija del desierto hizo resonar por los aires una voz llena de emoción y de melancolía: ella cantaba *la patria ausente*".

"Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y que no se han sentado sino a los festines de sus padres".

"Si la granja azul del Meschacebé dijese a la sin par (1) de la Florida: ¿por qué te quejas con tanta tristeza? ¿No tienes aquí bellas aguas, hermosas sombras, y toda suerte de pastos como en tus florestas? Si: respondería la fugitiva sin par; pero mi nido está en el jazmín: ¿quién me lo traerá? y el sol de mi sabana, ¿lo tienes tú?"

"Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y que no se han sentado sino a los festines de sus padres".

"Después de las horas de una marcha penosa, el caminante se sienta tristemente: contempla alrededor de sí los hechos de los hombres; el caminante no tiene en qué reclinar la cabeza: el caminante toca a la cabaña, pone su arco detrás de la puerta, y pide la hospitalidad: el dueño le hace un signo con la mano: el caminante vuelve a tomar su arco, y se torna al desierto".

"Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y que no se han sentado sino a los festines de sus padres".

"Maravillosas historias contadas junto al hogar, tiernas efusiones del corazón, larga costumbres de amar tan necesaria para la vida, vosotras habéis llenado los días de los que no han dejado su país nativo. Sus sepulcros están en su patria junto con el sol en su ocaso, junto con el llanto de sus amigos, y junto con las delicas de la religión".

"Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y que no se han sentado sino a los festines de sus padres".

"Así cantaba Atala. Nada interrumpía sus quejas sino el ruido imperceptible de nuestra canoa sobre las ondas. Sólo en dos o tres parajes fueron recogidas por un débil eco que las repitió a un segundo más débil, y éste a un tercero más débil todavía. Se creería que las almas de los amantes, en otro tiempo desgraciados como nosotros, atraídas por esta tierna melodía, se complacían suspirando los últimos sonidos en la montaña".

(1) El original trae *Nompareille.*

"En este intermedio, la soledad, la presencia continua del objeto amado, nuestras desgracias mismas redoblaban a cada instante nuestro amor. Las fuerzas de Atala empezaban a abandonarla, y las pasiones, debilitando su cuerpo, iban ya a triunfar de sus virtudes cristianas; pero ella dirigía continuamente súplicas a su madre, cuya sombra irritada parecía querer aplacar. A veces me preguntaba si yo no oía una voz lastimosa, y si no veía salir llamas de la tierra. Yo, por mi parte, exhausto con el cansancio, ardiendo en deseos, y creyéndome perdido, quizá sin remedio, en aquellas selvas, cien veces me vi a punto de estrechar a mi esposa entre mis brazos, otras ciento le propuse el construir una choza en el desierto y sepultarnos en ella juntos; pero ella se me opuso siempre. "Considera, joven amigo mío, me decía, que un guerrero se debe a su patria. ¿Qué es una frágil mujer en comparación de los deberes que tú tienes que cumplir? Anímate, hijo de Utalissi: no murmures de tu suerte. El corazón del hombre es como la esponja del río, que ya bebe de una onda pura en tiempo de serenidad, y ya se hincha de una agua cenagosa cuando el cielo ha enturbiado las corrientes. ¿Tiene acaso la esponja derecho para decir: yo creía que jamás habría habido borrascas, y que el sol nunca habría quemado?"

"¡O Renato! si tú temes las inquietudes del corazón, desconfíate de los retiros salvajes. Las grandes pasiones son solitarias; y el transportarlas al desierto no es sino restituirlas a su imperio. Oprimidos de cuidados y de temores, expuestos a caer en manos de los Indios enemigos, a peligro de ser tragados de las aguas, picados de las serpientes, devorados de las fieras: hallando con dificultad un miserable alimento, y sin saber a qué parte dirigir nuestros pasos; nuestros males parecían ya no poder aumentarse, cuando un accidente vino a ponerlos en su colmo".

"Era aquel el vigésimo-séptimo sol después de nuestra salida de las cabañas: la *luna de fuego había* comenzado su curso, y todo anunciaba una tempestad. Hacia la hora en que las matronas indias cuelgan el cayado de labor a los ramos de la sabina, y en que las cotorras se retiran a los huecos de los cipreces, para gozar del fresco en los ardores del día, el cielo comenzó a cubrirse. Las voces de la soledad se extingueron, el desierto hizo silencio, las florestas enmudecieron, y todo quedó en una calma universal. Luego el estruendo redoblado de un trueno lejano, difundiéndose por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, hizo retumbar ecos agudos. Nosotros, temiendo sumergirnos en el río, tratamos a toda prisa de tomar la orilla y retirarnos a una selva".

"El terreno era cenagoso. Con dificultad podíamos adelantar un paso por debajo de una bóveda de Smilaxes, y por entre cepas de viña, añiles, frijoles, y bejucos esparcidos que a manera de redes nos trababan los pies. El suelo borbotaba alrededor de nosotros, de suerte qua a cada instante pensábamos hundirnos en los pantanos. Un sin número de insectos y de murciélagos disformes nos ofuscaban la vista, las culebras cascabeles (1) sonaban por todas partes, y los lobos, los osos, los bisontes, los carcayúes, los cachorros de los tigres que venían a esconderse en aquellos retiros, los llenaban con sus rugidos".

"En esto la obscuridad aumenta: las nubes cargadas se desploman, y entran bajo las sombras de los bosques: rásganse de repente, el rayo traza rápidamente en el aire una faja de fuego, y un poniente impetuoso mezcla en un inmenso caos la nubes con las nubes. El cielo se abre y se cierra a cada instante, y entre estos espacios de luz aparecen nuevos cielos, nuevos campos ardiendo. La masa entera de las selvas se abate. ¡Qué espectáculo tan horrendo y tan magnífico! El rayo enciende por varias partes los montes: las llamas se esparcen como una caballera: columnas de chispas y de humo suben a dar salto a las nubes, y éstas vomitan nuevos rayos sobre este vasto abrasamiento. La detonación del incendio y de la tempestad, el estrépito de los vientos, el crujido de los árboles, los gritos de las fantasmas, los bramidos de las fieras, el ronquido de los ríos, los zumbidos de los truenos que van a sepultarse en las olas: este estruendo multiplicado por los ecos del cielo y de las montañas, ensordece el desierto".

¡El Gran- Espíritu lo sabe! En aquel momento yo no vi sino a Atala, yo no pensé sino en ella. Al pie del olmo bajo el cual nos habíamos guarecido, mi cuerpo le sirvió de muro, y conseguí por algún tiempo defenderla de los torrentes de lluvia, que por todas partes descargaban sobre nosotros las hojas abatidas de los árboles. Sentado sobre el agua, sosteniendo a mi amada en mis rodillas, y calentando sus hermosos pies desnudos entre mis manos amorosas, me creía más dichoso que la nueva esposa que siente por la primera vez saltar en su seno el fruto de su ternura.

"Entretanto, nuestro oído estaba siempre atento al ruido de la tormenta: cuando, de golpe, siento caer en mi pecho una lágrima de Atala. "Tempestad! exclamé; ¿es esta una gota de tu lluvia?" Luego abrazando estrechamente a mi amada: "Atala, le dije, tú me ocultas

(1) Así se llaman en América *les serpens a sonnette*, que el diccionario de Gatel traduce: *serpientes de campanilla.*

algo: descúbreme tu corazón; oh beldad mía! ¡Qué alivio no es para el afligido el que un amigo examine su alma! Cuéntame ese otro secreto doloroso que te obstinas en callarme. ¡Ah, tú lloras tu patria: ya lo veo!" Ella me responde inmediatamente: "Hijo de los hombres! ¿Cómo lloraría yo mi patria, si mi padre no era de la tierra de las palmas?" "¡Qué! repliqué yo, lleno de admiración; ¡Tus padres no eran del país de las palmas! ¿Quién es, pues, el que te ha echado en esta tierra de lágrimas? Respóndeme. Atala dijo entonces estas palabras".

"Antes que mi madre hubiese llevado en dote al guerrero Simaghan treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellota, cincuenta pieles de castor y otras muchas riquezas, ella había conocido un hombre de la carne blanca. Mas la madre de mi madre le echó agua en la cara, y la forzó a casarse con el magnánimo Simaghan, semejante en todo a un rey, y honrado de los pueblos como un Genio. No obstante esto, mi madre dijo a su nuevo esposo: mi vientre ha concebido: mátame. A lo que Simaghan respondió: ¡El Gran-Espíritu me guarde de una acción tan mala! Yo no te mutilaré, yo no te cortaré la nariz ni las orejas: porque tú has sido ingenua, y porque no me has faltado a la fe conyugal. El fruto de tus entrañas será el mío; y yo no te veré hasta después que el pájaro del arrozal haya partido, cuando la décima-tercia luna hubiere brillado". En aquel tiempo yo salí del vientre de mi madre, y empecé a crecer altiva como una Española, como una salvaje. Mi madre me hizo cristiana como ella, y como mi padre. Después, la tristeza del amor vino a buscarla, descendió con ella a la cuevecita guarnecida de pieles, de donde no se sale nunca".

"Tal fue la historia de Atala, ¿Y quién era tu padre, le dije, pobre huérfana del desierto? ¿Cómo lo llamaban los hombres sobre la tierra? ¿Qué nombre tenía entre los Genios? Nunca he lavado los pies de mi padre, respondió Atala: sólo sé que vivía con una hermana suya en San Agustín, y que ha sido siempre fiel a mi madre. Felipe era su nombre entre los ángeles, y los hombres lo llamaban López".

"A estas palabras levanté un grito que retumbó por toda la soledad. En mi enajenamiento mis voces se mezclaron con el ruido de los truenos, y entrechando a Atala contra mi corazón como si quisiera sofocarlo, exclamé con sollozos interrumpidos: "¡O hermana mía! O hija de López! ¡Hija de mi bienhechor!" Atala, asustada, me pregunta la causa de mi turbación. Pero cuando supo que López era aquel generoso huesped que me había adoptado en San Agustín, y que yo había dejado por ser libre, ella misma se sintió sobrecogida de confusión y de gozo".

"Era demasiada sensación para nuestros corazones aquella ternura fraternal que venía a visitarnos, y a añadir su amor a nuestro amor. Todos los combates de Atala iban a ser inútiles. En vano la sentí llevar una mano a su seno, y hacer un movimiento extraordinario: ya yo me había apoderado de ella: ya me había embriagado con su aliento: ya había bebido toda la magia del amor en sus labios. Con los ojos elevados hacia el cielo a la luz de los relámpagos, yo tenía a mi esposa en mis brazos en medio de los desiertos, y en presencia del Eterno. ¡Pompa nupcial digna de nuestras desgracias, y de la grandeza de nuestros amores salvajes! Soberbias florestas que agitabais todos vuestros bejucos, todas vuestras copas, como las cortinas y el cielo de nuestro tálamo: pinos inflamados, que formabais las antorchas de nuestro himeneo: río derramado, montañas mugientes, espantosa y sublime naturaleza, ¿no erais vosotros, por ventura, más que un vano aparato dispuesto para engañarnos? ¿y no podíais ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre?

"Atala no ponía más que una resistencia débil, y yo tocaba ya al instante de mi dicha, cuando de improviso, un impetuoso relámpago seguido del estallido de un rayo surca la espesura de las sombras, llena todo el bosque de azufre y de luz, y despedaza un árbol a nuestros pies. Nosotros huímos espantados. ¡O sorpresa...! En el silencio que sucede a este gran destrozo, oímos sonar una campana. Suspensos ponemos el oído a un sonido tan extraño en el desierto. En el mismo instante ladra un perro a lo lejos, se acerca, redobla sus ladridos, llega aulla de gozo a nuestros pies, y un anciano solitario que traía una linterna le sigue atravesando la selva: "¡La Providencia sea bendita! exclamó él luego que nos percibió. Hace ya largo tiempo que os busco. Nosotros tocamos ordinariamente la campana de la misión por la noche, y en las tempestades, para llamar a los caminantes; y a ejemplo de nuestros cohermanos de los Alpes y del Líbano, hemos enseñado a nuestro perro a descubrir los extranjeros extraviados en estas soledades. El os sintió desde el principio de la borrasca, y me ha conducido aquí. ¡Buen Dios! ¡y cuán jóvenes son! Pobres chicos! ¡cuanto habrán padecido en este desierto! Vamos. Yo he traído ya una piel de oso que será para esta joven, y he aquí un poco de vino en nuestra calabaza: ¡sea Dios alabado en todas sus obras! ¡su misericordia es muy grande y su bondad infinita!"

Atala estaba ya a los pies del religioso. "Jefe de la oración, le dijo, yo soy cristiana, y el cielo es quien aquí te envía para salvarme". Por lo que toca a mí apenas comprendía al ermitaño: aquella caridad

me parecía tan superior al hombre, que yo creía estar soñando. A la luz del farolito que traía el religioso, divisaba su barba y sus cabellos empapados en agua. Sus pies, sus manos y cara estaban ensangrentados con las picaduras de las zarzas. "Anciano, prorrumpí en fin, ¿qué corazón es el tuyo que no has temido te matara un rayo? ¡Temer! respondió el padre con cierto acaloramiento, ¡temer! ¡cuando hay hombres en peligro y que yo les puedo ser útil! sería entonces un siervo indigno de Jesucristo. ¿Pero sabes tú, le dije, que no soy Cristiano! Joven, respondió el ermitaño ¿os he preguntado yo vuestra religión? ¿Jesucristo ha dicho, mi sangre lavará a éste y no a aquél? El murió por el judío y por el gentil, y no vió en todos los hombres sino hermanos, y desgraciados. Esto que yo hago aquí por vosotros es poca cosa, y en otra parte hallaréis otros muchos auxilios; pero la gloria no debe recaer sobre los sacerdotes. ¡Qué somos nosotros, miserables solitarios, sino groseros instrumentos de una obra celestial! Y no obstante ¡cuál será el soldado tan cobarde que vuelva atrás, cuando su jefe, con la cruz en la mano y la frente coronada de espinas, es el primero que marcha para socorrer a los hombres!"

"Estas palabras me penetraron el corazón: lágrimas de admiración y ternura cayeron de mis ojos. "Mis caros Neófitos; dijo el misionero, yo conduzco en estas selvas un pequeño rebaño de vuestros hermanos salvajes. Mi gruta está en la montaña bastante cerca de aquí: venid a calentaros conmigo: allí no hallaréis las comodidades de la vida, pero tendréis un abrigo; y con todo es necesario siempre dar gracias a la Bondad divina, porque hay hombres a quienes esto falta".

LOS LABRADORES

"Hay justos cuya conciencia está tan quieta que no puede uno acercarse a ellos sin participar de la paz que se exhala, por decirlo así, de sus corazones y de sus pensamientos: porque, a medida que el solitario hablaba, yo sentía apaciguarse en mi corazón las pasiones, y la tempestad misma en el cielo parecía alejarse a su voz. Las nubes se dispersaron luego, y nos permitieron dejar nuestro retiro. Salimos de la selva y comenzamos a subir la vuelta de una alta sierra. El perro iba delante, llevando en la punta de un palo la linterna apagada. Yo daba la mano a Atala, y seguíamos al misionero. El se volvía con frecuencia para mirarnos, contemplando compasivamente nuestras desgracias y nuestra juventud. Un libro pendía de su cuello, y llevaba un báculo blanco en la mano derecha. Su talle era erguido, su

rostro pálido y seco, su fisonomía simple y sincera. El no tenía las facciones desanimadas y amortecidas del hombre que nació sin pasiones. Se conocía que había pasado malos días; las arrugas de su frente mostraban las cicratrices de las pasiones sofocadas por las virtudes, y por el amor de Dios y de los hombres. Cuando de pie e inmóvil nos hablaba, sus ojos modestamente inclinados, su nariz aguileña, su barba larga, tenían no sé qué de sublime en su mesura; y su cuerpo naturalmente encorvado hacia la tierra parecía aspirar el sepulcro. El que ha visto como yo al padre Aubry, caminando solo, con su bastón y su breviario en el desierto, tiene una verdadera idea del viajero cristiano sobre la tierra".

"Después de media hora de una marcha peligrosa por las veredas de la montaña, arribamos a la gruta del misionero, y entramos por encima de las yedras y giramontes húmedos, que el aguacero había desprendido de las rocas. No había en este lugar más que una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos vasos de madera, una pala, una culebra casera, y, sobre una piedra que servía de mesa, un crucifijo y el libro de los cristianos".

"El hombre de los días antiguos se dió prisa a encender fuego con bejucos secos, molió maíz entre dos piedras, y habiendo hecho una torta, la puso a cocer sobre la ceniza, y luego que tomó un bello color dorado nos la sirvió todavía vaheando en un vaso de ácer, con crema de nueces".

"Habiendo la tarde restituído la serenidad, el siervo del Gran Espíritu nos propuso que fuésemos a sentarnos en un trozo de peña a la entrada de la cueva; nosotros le acompañamos a aquel lugar desde donde se dominaba toda la inmensidad del yermo. Los restos de la tormenta se habían precipitado en desorden hacia el oriente. Las candeladas de la quemazón que los rayos habían prendido en las selvas, aun brillaban a lo lejos. Al pie del cerro, un bosque entero de pinos estaba derribado en el cieno, y los ríos llevaban atropelladamente revueltos terrones de greda remojados, troncos de árboles, cuerpos de animales y peces muertos, cuyo vientre plateado se veía fluctuar en la superficie de las ondas".

"A vista de esta pavorosa escena fue que Atala contó nuestra historia al anciano Genio de la montaña. Su corazón cristiano pareció conmoverse, y las lágrimas le corrieron por la barba. "Hija mía, dijo a Atala, es menester ofrecer tus trabajos a Dios, por cuya gloria has hecho ya tantas cosas: él te volverá el reposo. ¿No ves humear estas selvas, secarse estos torrentes, disiparse estas nubadas? ¿y creerás

que el que puede calmar tal tempestad, no pueda tranquilizar las inquietudes del corazón humano? Si no tiene mejor retiro, amada hija, te ofrezco una cabaña entre el rebaño que he tenido la dicha de ganar para Jesucristo. Yo instruiré a Chactas, y te lo daré por esposo cuando sea digno de serlo".

"A estas palabras, yo me eché a los pies del solitario vertiendo lágrimas de gozo; pero Atala se puso pálida como la muerte. El viejo me levantó benignamente, y entonces advertí que tenía las manos mutiladas. Atala comprendió al instante sus desgracias y exclamó: ¡Ah bárbaro!

"Hija, mía replicó el padre con una dulce sonrisa, ¿qué es esto en comparación de lo que ha padecido mi divino maestro? Si los Indios idólatras me han maltratado, son unos pobres ciegos que Dios ilustrará algún día; y yo los quiero todavía más a proporción de los males que me han hecho. Así no he podido quedarme en mi patria a donde me había regresado, y donde una ilustre reina me hizo el honor de querer contemplar estas cortas marcas de mi apostolado. ¿Y qué recompensa más gloriosa podía recibir de mis fatigas, que haber obtenido del jefe de nuestra religión la permisión de celebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? No me faltaba más, después de este honor, sino procurar hacerme digno de él; y he vuelto a estas soledades para consumir el resto de mi vida en el servicio de mi Dios. Hace ya treinta años que habito esta soledad, y mañana hará veinte y dos que estoy establecido en esta roca. Cuando llegué a estos lugares no hallé sino familias vagabundas, de costumbres feroces y vida muy miserable: les hice escuchar la palabra de paz, y sus costumbres se han ido suavizando poco a poco. Ahora viven reunidas en una pequeña sociedad cristiana en lo bajo de estas montañas. Instruyéndolas en el camino de la salvación, he procurado enseñarles las primeras artes de la vida; mas sin pasar de aquí, por retenerlas en esta simplicidad que hace su dicha. Por lo que respecta a mí, recelándome que mi presencia pudiese mortificarles, me he retirado a esta gruta, donde vienen a consultarme. Aquí, lejos de los hombres, admiro a Dios en la grandeza de estas soledades, y me preparo a la muerte que anuncian ya mis largos años".

"Concluyendo estas palabras el solitario se hincó, y nosotros imitamos su ejemplo, respondiendo Atala a una oración que él comenzó en voz alta. Muchos relámpagos abrían todavía los cielos hacia el levante, y en las nubes del poniente brillaban juntos tres soles. Algunos zorros estiraban sus negros hocicos sobre el borde de los pre-

cipicios, y se oían los crujidos de las plantas, que secándose con el ambiente de la tarde levantaban por todas partes sus tallos abatidos".

"Nosotros volvimos a entrar en la gruta donde el ermitaño tendió un lecho de musco de ciprés para Atala. Una profunda languidez se pintaba en los ojos y en los movimientos de esta doncella. Ella miraba al padre Aubry como si quisiese comunicarle algún secreto; pero algo parecía detenerla; ya fuese mi presencia, ya fuese una cierta vergüenza, ya fuese la inutilidad de la declaración. Yo la oí levantarse a media noche buscando al solitario; pero como éste le había cedido su cama, se había ido a contemplar la belleza de la noche, y a hacer oración a Dios sobre la cumbre de la montaña. Por la mañana me dijo que aquella era su costumbre aún en invierno, porque le gustaba ver las arboledas balanceando sus cimas despojadas, las nubes volando por los cielos, y oir los vientos y los torrentes murmurar en la soledad. Mi hermana se vió precisada a volverse a su cama donde se quedó como dormida. ¡Ah de mí! yo no ví en la debilidad de Atala sino muestras pasajeras de cansancio".

"Al otro día desperté con los cantos de los cardenales y arrendajos anidados en las acacias y laureles que rodeaban la gruta: Fuí a coger una rosa de magnolia, y la puse, todavía mojada con las lágrimas de la mañana, sobre la cabeza de Atala que aún dormía; esperando, según la religión de mi país, que el alma de algún infante muerto a los pechos de su madre, descendería sobre aquella flor en una gota de rocío, y que algún sueño feliz la llevaría al seno de mi amante. Luego busqué a mi huésped, y lo encontré con el ruedo del hábito prendido a las faltriqueras y su rosario en la mano, esperándome sentado sobre un tronco de pino caido de vejez. Me propuso fuese con él a la misión mientras que Atala reposaba: acepté su oferta, y al instante nos pusimos en camino".

"Bajando la montaña vi unas encinas en las cuales parecía que los Genios habían tirado rasgos misteriosos. El ermitaño mismo había trazado aquellas líneas, y eran versos de un antiguo poeta llamado Homero, y algunas sentencias de otro poeta mucho más antiguo aún nombrado Salomón. Yo no sé qué antigua y misteriosa armonía se hallaba entre aquella sabiduría de los tiempos pasados, aquellos versos roídos del musco, aquel anacoreta que los había grabado, y aquellas viejas encinas que en el fondo de un desierto le servían de libros".

"Su nombre, su edad, la data de su misión estaban también grabados en una caña de sabana al pie de aquellos árboles. La fragilidad

de este último monumento me admiró: "El durará todavía más que yo, me respondió el Padre, y tendrá siempre más valor que el poco bien que yo he hecho".

"De allí arribamos a la garganta de un valle donde ví una obra maravillosa; un puente natural como el de la Virginia, de que tú habrás oído hablar quizá. Los hombres, hijo mío, especialmente los de tu país, imitan de ordinario la naturaleza; pero sus copias son siempre mezquinas: no son así las de la naturaleza, cuando le place el imitar las obras de los hombres. Entonces es cuando ella echa puentes de la cima de una montaña a la cumbre de otra, suspende caminos por las nubes, esparce ríos en lugar de canales, talla montes por columnas, y por estanques ahonda mares".

"Pasamos bajo el único ojo de este puente, y nos encontramos en medio de otra maravilla: porque caminábamos de hechizo en hechizo, y era el cementerio de los Indios de la misión, o los *Boscajes de la muerte*. El ermitaño les había permitido sepultar sus difuntos a su manera, y sólo había santificado aquel lugar con una cruz (1). Estaba dividido, como el campo común de las mieses, en tantas porciones como familias, y cada una hacía su bosquecito variado según el gusto y afecto de los que lo habían plantado. En medio de estas arboledas culebreaba sin ruido un arroyuelo, que se denominaba el *arroyuelo de la paz*. Este risueño asilo de las almas se cerraba al oriente por el puente sobre que habíamos pasado: dos columnas lo limitaban al septentrión y al mediodía; y sólo se abría al occidente, donde se elevaba un gran bosque de abetos. Los troncos de estos árboles encarnados, jaspeados de verde, y elevados como altas columnas, formaban un magnífico peristilo a aquel hermoso templo de la muerte. Reinaba en el bosque un ruido solemne, semejante al sordo retumbo del órgano bajo las bóvedas de una Iglesia cristinana; mas penetrando al centro del santuario sólo se oían los himnos de las aves, que celebraban a la memoria de los muertos una fiesta eterna".

"Saliendo de este bosque, descubrimos al pueblo de la misión, situado en la ribera de un lago, en medio de una sabana sembrada de flores, al cual se llegaba por una calle de magnolias y carrascas, que bordeaban una de estas antiguas rutas que se hallan en la soledad. Luego que los Indios divisaron a su anciano pastor en la llanura aban-

(1) Según parece, el padre Aubry había hecho como los Jesuítas en la China, que permitían a los chinos enterrar a sus parientes en sus jardines conforme a su antigua costumbre.

donando sus trabajos corrieron a recibirle; y los unos le besaban respetuosamente los hábitos, otros ayudaban sus pasos trémulos, y las madres levantaban sus niños en los brazos para hacerles ver al hombre de Jesucristo, que vertía lágrimas paternales. Ibase informando mientras andaba de lo que sucedía en el pueblo: ya daba un consejo a éste, ya reprendía dulcemente a aquél: hablábales de cosechar las mieses, de instruir los niños, de consolar las penas, mezclando a Dios en todos sus discursos".

"Escoltados así llegamos a la peana de una gran cruz que se hallaba sobre el camino, y donde el siervo de Dios acostumbraba celebrar los misterios de su religión. "Mis queridos neófitos, dijo, volviéndose a la multitud, os ha venido un hermano y una hermana, y por aumento de felicidad, ves que la divina providencia perdonó ayer estas sementeras: ved aquí dos grandes motivos para darle gracias. Ofrezcámosle, pues, el divino sacrificio, y que cada uno traiga un recogimiento profundo, una fe viva, un reconocimiento infinito, y un corazón humillado".

"Luego el sacerdote divino se reviste de una túnica blanca de cáscaras de morera que había traído consigo, se sacan los vasos sagrados de un tabernáculo labrado al pie de la cruz, el altar se prepara sobre un pedazo de la roca, tómase el agua de un arroyo vecino, y un racimo de uvas silvestres suministra el vino para el sacrificio. Nosotros todos nos ponemos de rodillas entre las altas hierbas, y se da principio al misterio en medio del desierto.

"La aurora, asomándose por detrás de los montes, inflamaba el vasto oriente. Todo era de oro o de rosa en la soledad. El astro anunciado con tanto esplendor salió en fin de un abismo de luz, y su primer rayo dió en la hostia consagrada, que el sacerdote en aquel mismo instante elevaba en el aire. Oh encanto de la religión. Oh magnificencia del culto cristiano. Por sacrificador un viejo anacoreta, por altar una roca, por Iglesia el yermo, y por asistentes inocentes salvajes. No, yo no dudo que en el momento en que nosotros nos postramos en tierra, el gran misterio no se cumpliese, y que Dios no bajase sobre todas las selvas, porque yo lo sentí descender a mi corazón".

"Después del sacrificio, en que no faltó para mi sino la hija de López, nos fuimos al pueblo, donde admiré de nuevo los milagros de tu religión. Allí reinaba la reunión más patética de la vida social y de la naturaleza. En el ángulo de un cipresal del antiguo desierto, se descubría una cultura naciente, las espigas hacían olas de oro sobre el encinar tumbado, y la garba de un verano reemplazaba el árbol de

diez siglos. Veíanse por todas partes florestas entregadas a las llamas exhalando espesas humaredas, y el arado pasearse lentamente entre los despojos de las raíces: apeadores con largas cuerdas midiendo el desierto, árbitros deslindando las primeras propiedades: el ave cedía su nido, y la guardia de la fiera se transformaba en una cabaña: oíanse mugir las fraguas, y el bosque repetir por la última vez los golpes del hacha, cuyos ecos iban a expirar con los árboles que les servían de asilo".

"Yo discurría enajenado en medio de estas pinturas, que la memoria de Atala me hacía más deliciosas, por los sueños de felicidad con que lisonjeaba mi corazón. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvaje: veía al hombre civilizándose a la voz de la religión, y asistía a las nupcias primitivas del hombre y de la tierra, en que él le abandona por este gran contrato la herencia de sus sudores, y ella se obliga recíprocamente a llevar con fidelidad las mieses, los hijos y las cenizas del hombre".

"Entretanto se trajo al misionero un infante que bautizó entre jazmines floridos sobre el brocal de una fuente, mientras que en medio de los juegos y tareas se conducía un féretro a los *boscajes de la muerte.* Dos esposos recibieron la bendición nupcial bajo una encina, nosotros fuimos con ellos a establecerlos en un rincón de la soledad. El pastor nos precedía bendiciendo de un lado y otro, y la roca, y el árbol y la fuente; como en otro tiempo, según el libro de los cristianos, Dios bendijo la tierra inculta dándola por herencia a Adán. Esta pequeña procesión que confundida con sus rebaños seguían de roca en roca a su venerable jefe, representaba a mi corazón enternecido aquellas antiguas transmigraciones de las primeras familias de los hombres, cuando Sem con sus hijos se avanzaba atravesando el mundo desierto, seguido por el sol que marchaba delante de él".

"Quise saber del santo ermitaño como gobernaba sus hijos, y él me respondió con gran complacencia:

"Yo no les he dado ley alguna: solamente les he enseñado a amarse, a orar a Dios, y a esperar una vida mejor: porque en esto se incluyen todas las leyes del mundo. Esa cabaña mayor que las otras que ves en medio del lugar, sirve de capilla en tiempo de lluvia. En ella se juntan noche y mañana para alabar al Señor, y cuando estoy ausente un anciano es quien dice la oración: porque la vejez es, como la maternidad, una especie de sacerdocio de la naturaleza. Después se van a trabajar a los campos: y aunque las propiedades estén divididas, a fin de que aprendan la economía social, las cosechas se deposi-

tan en graneros comunes para mantener la caridad fraternal, y cuatro viejos distribuyen con igualdad el producto de la labor. Si añades a esto las ceremonias religiosas y muchos cánticos, la cruz donde yo he celebrado los misterios, el olmo bajo el cual predico en los días serenos, nuestras sepulturas próximas a nuestros sembrados, nuestros ríos en que baño los infantes y los San Juanes del desierto, tendrás entonces una idea completa de este reino de Jesucristo".

"Las palabras del solitario me transportaron, y yo concebí al instante la superioridad de esta vida estable, moral y ocupada, sobre la vida errante, inútil y ociosa del salvaje".

"¡Ah! Renato. No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca me acuerdo de esta sociedad evangélica, sin experimentar toda la amargura del pesar. Cuán dichosa habría sido mi vida en aquella comarca, disfrutando de un choza con Atala. Allí se habrían terminado mis peregrinaciones: allí con una esposa adorada, desconocido de los hombres, y ocultando mi felicidad en la profundidad de los desiertos, habría pasado como estos ríos del yermo que ni siquiera tienen nombre. Pero en lugar de esta paz que osaba entonces prometerme, ¡entre que sobresaltos no se han deslizado mis días! Juguete continuo de la fortuna, estrellado contra todas las costas, largo tiempo desterrado de mi país, no hallar a mi vuelta más que una cabaña arruinada y amigos olvidados en la huesa; tal debía ser el destino de Chactas".

EL DRAMA

"Si mi sueño de felicidad fue vivo, fue corto a lo menos; pues lo que me había de despertar me aguardaban en la gruta del solitario. Tornando a ella al mediodía, quedé sorprendido al ver que Atala no corriese a recibirnos. Ni sé que horror súbito se apoderó de mí. Yo sentí desfallecer mi corazón, y me pareció que los laureles susurraban tristemente en el monte. Acerqueme a la gruta, y no me atreví a llamar a la hija de López. Mi imaginación temía igualmente a la voz, o el silencio que sucedería a mis gritos. Más asustado todavía de la noche que reinaba en la entrada de la roca, dije al misionero: ¡Oh tú, a quien el cielo acompaña y fortifica! Penetra en esas sombras, y restitúyeme a Atala".

"¡Qué débil es el hombre a quien las pasiones dominan!. !Y qué fuerte el que reposa en Dios! Había más valor sin duda en aquel corazón religioso marchitado con setenta y seis años, que no en toda la juventud de mi corazón. El hombre de paz entró en la gruta, y yo

quedé fuera aterrorizado. Luego, un débil murmullo, semejante al que causan los quejidos de un paciente, vino a penetrar mi oído. Alzando un grito y recobrando todas mis fuerzas, me lancé en la noche de la caverna... ¡Espíritus de mis padres! ¡Vosotros solos sabéis el espectáculo que hirió mis ojos"!.

"El solitario había encendido una tea, que tenía con su mano trémula encima de la cama de Atala. Esta hermosa y joven doncella, a medio incorporarse apoyándose sobre el codo, pálida, desgreñada, y mostrando su angustia en las gotas de sudor que brillaban en su frente; sus ojos marchitos procuraban todavía expresar su amor, y su boca hacía por sonreirse. Yo quedé, como herido de un rayo, inmóvil, los ojos fijos, los brazos extendidos, los labios entreabiertos... Un profundo silencio reina por un breve instante entre los tres actores de esta escena dolorosa... Al fin el solitario lo rompe, diciendo: "Esto no será más que una fiebre ocasionada de la fatiga, y si nos resignamos en la voluntad de Dios, él se conpadecerá de nosotros".

A estas palabras, mi sangre detenida volvió a tomar su curso en mi corazón, y con la ligereza característica del salvaje, pasé repentinamente de un exceso de desesperación a un exceso de confianza. Pero Atala no me la dejó gozar por largo tiempo. Balanceando tristemente la cabeza nos pidió por señas que nos acercásemos a su lecho.

"Padre mío, dijo dirigiéndose al religioso con una voz extenuada: yo toco a mi última hora! Oh Chactas! modera tu desesperación, y escucha el funesto secreto que te he querido ocultar, por no reducirte a una suerte demasiado lamentable, y por obedecer a mi madre. Procura no interrumpirme con muestras de dolor, que no harían sino apresurar los pocos instantes de vida que me restan. Mucho tengo que contar; y no obstante, los cansados latidos de este corazón que ya desmaya... No sé qué peso helado que mi pecho apenas puede sustentar, me instan que no pierda tiempo..."

"Atala se queda por algunos instantes en silencio, y después prosigue así:

"Mi triste destino se anunció casi antes que yo hubiese visto la luz. Mi madre me concibió en desgracia: yo fatigaba su seno: ella me echó al mundo con crueles dolores de sus entrañas: todos desesperaron de mi vida. Mi madre por salvármela hizo un voto: ella prometió a la Reina de los ángeles que yo le consagraría mi virginidad, si escapaba de la muerte... ¡Voto fatal, que me precipita al sepulcro! Apenas había cumplido quince años cuando perdí mi madre. Pocas horas antes de morir me llamó junto a su cama. Hija mía, me dijo, en presencia del

misionero que la consolaba en sus últimos instantes, hija mía, ya sabes el voto que he hecho por ti: dime ¿querrías tú desmentir a tu madre? ¡Oh mi Atala! Yo te dejo en un mundo que no merece poseer una cristiana: entre idólatras que persiguen el Dios de tu padre y el mío; el Dios que, después de haberte dado la vida, te ha conservado para un segundo milagro. ¡Ea, querida hija mía! Aceptando el velo de las vírgenes, no haces más que renunciar los cuidados de la cabaña, y las funestas pasiones que han llenado de amargura el seno de tu madre. Ven, pues, mi amada: ven, jura ante esta imagen de la Madre del Salvador, en las manos de este sacerdote, y en las de tu madre agonizante que no harás traición a los ojos del cielo. Advierte que, por salvarte la vida, me he constituído responsable a nombre tuyo, y que si no guardas mi promesa, la pena recaerá menos sobre ti que sobre tu madre, cuya alma sepultarás en eternos tormentos".

"¡Oh madre mía! ¿por qué hablaste así? ¡Oh religión que ha causado a la vez mis males y mi felicidad! ¡que me pierde y que me consuela! ¡Y tú, caro y triste objeto de una pasión que me consume hasta en los brazos de la muerte! ¡Ya ves, oh Chactas, lo que ha hecho el rigor de nuestro destino...! Bañada en lágrima, precipitándome sobre el seno materno, yo prometí todo cuanto se quiso hacerme prometer. El misionero pronunció sobre mí las tremendas palabras, y me echó el escapulario, signo de un vínculo eterno. Mi madre me amenazó con su maldición en todo tiempo si quebrantaba mi voto; y después de haberme recomendado un secreto inviolable para con los paganos perseguidores de mi religión, expiró abrazada conmigo".

"Yo no advertí luego lo peligroso de mi juramento. Verdadera cristiana, y llena de ardor. orgullosa con la sangre española que corría en mi corazón, no vi alrededor de mí sino hombres indignos de mi mano: me aplaudí el no tener otro esposo que el Dios de mi madre... Yo te vi, joven y bello prisionero: tu suerte me enterneció: yo no me atrevía a hablarte junto a la hoguera de la selva... entonces sentí todo el peso de mi voto".

"No bien hubo acabado Atala estas palabras, cuando yo, cerrando los puños, y mirando al misionero con un ceño de amenaza: "Ve ahí —le dije—, la religión que tanto me has ponderado! ¡Perezca el juramento que me arrebata a mi Atala! ¡Perezca el Dios que se opone a la naturaleza! ¡Hombre! ¡sacerdote! dime, ¿qué has venido a hacer a estas selvas?

"¡A salvarte! dijo el viejo con una voz terrible: ¡a domar tus pasiones! ¡a impedirte el atraer sobre ti la cólera del cielo! ¡Blas-

femo! ¡Por cierto que está bien a un joven que apenas comienza a vivir, el quejarse de sus penas! ¿Dónde están las señales de lo que has padecido? ¿Qué injusticias has tolerado? ¿Dónde están las virtudes sobre que podías únicamente fundar el derecho de lamentarte? ¿Qué servicios has hecho: qué bien has obrado? ¡Desventurado! ¡Tú no me presentas más que pasiones, y todavía te atreves a acusar al cielo! Cuando hubieres pasado como el padre Aubry treinta años de destierro en los montes, quizá juzgaras con menos ligereza los arcanos de la Providencia: entonces conocerás que no sabes nada, que no eres nada, y que no hay castigo tan riguroso, males tan terribles que la carne corrompida no merezca sufrir".

"Los ojos del anciano centelleando, su barba temblándole sobre el pecho, y sus palabras fulminantes lo hacían semejante a un Dios. Tanta majestad me aterró, y yo caí a sus pies pidiéndole perdón de mis desvaríos. "Hijo, me dijo entonces, con un acento tan dulce que me cubrió de confusión, hijo, la reprensión que te he dado no ha sido por mí. ¡Ah! tú tienes razón, lo que yo he venido a hacer a estas selvas es muy poco; como que entre los siervos del Señor no hay uno más indigno que yo. Pero ¡el cielo! hijo mío: ese no se debe acusar. Perdóname si te he ofendido; pero escuchemos a tu hermana: quizá tendrá remedio aún: no nos cansemos de esperar. ¡Divina es sin duda, Chactas, la religión que ha hecho de la esperanza una virtud!".

"Joven amigo mío, prosiguió Atala, tú has sido testigo de mis combates; sin embargo, lo que has visto no es más que una pequeña parte, porque yo te ocultaba lo demás. ¡No, el negro esclavo que riega con sus sudores las arenas ardientes de la Florida, es menos miserable que Atala lo ha sido! convidándote a la fuga, aunque segura de morir si te apartabas de mí: temiendo huir contigo a los desiertos, y anhelando no obstante por la sombra de los bosques, y llamando a gritos la soledad . . . ¡Ah si no hubiese sido menester más que dejar padres, amigos, patria: si aun (¡cosa espantosa!) no hubiera costado más que mi alma! . . . Pero ¡tu sombra! madre mía ¡tu sombra estaba siempre delante de mí, dándome en rostro con tus tormentos: yo oía tus ayes, y veía las llamas del infierno consumirte! . . . Las noches las pasaba desvelada entre fantasmas, y mis días en la desolación: el sereno de la noche se secaba al caer sobre mi cutis ardiente: yo entreabría mis labios para recibir el ambiente, y el ambiente en lugar de refrescarme, se inflamaba con el fuego de mi aliento. ¡Que tormento el verte sin cesar junto a

mí, lejos de todos los hombres, en profundas soledades, y sentir una barrera invencible entre los dos! Pasar mi vida a tus pies, servirte como tu esclava, prepararte la comida y la cama en un rincón ignorado del universo, hubiera sido mi suprema felicidad: ¡yo tocaba esta felicidad, y no podía disfrutar de ella! ¿Qué designios no he imaginado? ¿Qué delirios no ha fraguado este triste corazón? ¡Cuántas veces, fijando mis ojos en tí en medio del desierto, me propasé a formar deseos tan insensatos como culpables! Ya hubiera querido ser contigo la sola criatura que viviese sobre la tierra: ya, sintiendo una divinidad que me contenía en mis horribles desvaríos, hubiera deseado que aquella divinidad se aniquilase, aunque yo tuviese que rodar de abismo en abismo con las ruinas de Dios y del mundo, con tal que fuese estrechada entre tus brazos! ¡Ahora mismo . . . ! ¿me atreveré a decirlo? . . . ahora mismo que la eternidad va a tragarme: que voy a comparecer ante el juez inexorable: en el momento en que, por obedecer a mi madre, veo con gozo que mi virginidad devora mi vida: si, en este momento, por una terrible contradicción, llevo conmigo el pesar de no haber sido tuya!".

"Hija mía, interrumpió el misionero, tu dolor te extravía. Ese exceso de pasión a que te entregas, es rara vez justo: ni tampoco es natural, porque más bien es efecto de un espíritu engañado, que de un corazón vicioso; y en esta parte es menos culpable a los ojos de Dios. Era menester, pues, reprimir ese transportamiento tan indigno de tu inocencia. Por otra parte, tu imaginación impetuosa te ha exagerado con exceso tus votos. La religión no pide sacrificios sobrehumanos: Sus sentimientos verdaderos, sus virtudes moderadas son muy superiores a los sentimientos exaltados, y a las virtudes forzadas de un pretendido heroísmo. Si hubieras caído, el buen pastor te habría buscado como oveja descarriada para conducirte al aprisco: los tesoros del arrepentimiento estaban abiertos para tí: Ah! hija mía, arroyos de sangre nos cuesta el borrar nuestras faltas a los ojos de los hombres, y una sola lágrima basta para Dios. Repórtate, pues: tu situación exige reposo: dirijámonos al Señor que cura todos los males de sus siervos. Si es su voluntad, como lo espero, que escapes de esta enfermedad, yo escribiré al Obispo de Quebec, que tiene las facultades necesarias para dispensarte el voto, que no es sino simple; y después acabarás tus días a mi lado, junto con Chactas tu esposo".

"Al acabar el anciano estas palabras, Atala, asaltada de una convulsión, quedó por largo rato embargada, y no volvió en sí sino para dar las muestras del dolor más espantoso. Cómo dijo encla-

vijando fuertemente las manos, con qué había remedio. Con qué se me podía relevar del voto . . . Sí, hija, respondió el padre, y se puede aún. —Ya es tarde; demasiado tarde exclamó ella. Es posible que haya de morir en el instante mismo en que sé que podía ser dichosa. Que no haya conocido yo más antes a este santo anciano. De qué felicidad no gozaría yo hoy . . . contigo, con Chactas cristiano . . . consolada, dirigida por este augusto sacerdote . . . en este desierto para siempre . . . Oh esta hubiera sido demasiada fortuna" . . . "Tranquilízate, la dije yo, (tomando una mano de aquella desgraciada entre las mías) tranquilízate, nosotros vamos a disfrutar de esa fortuna". —"Nunca, nunca", dijo Atala. —"Cómo, repliqué yo". —"Tú no sabes todo, exclamó la doncella. Ayer. . .durante la tempestad . . . tú me estrechabas . . . tú tienes la culpa . . . yo iba a quebrantar mi juramento . . . yo iba a sepultar a mi madre en las llamas del abismo . . . Ya su maldición caía sobre mí . . . Ya yo mentía delante del Dios que me ha salvado la vida . . . cuando tú besabas mis labios trémulos, tú no sabías, tú no sabías que era la muerte la que abrazabas". . .¡Oh cielos! exclamó el misionero. ¿Qué has hecho, hija mía! "Un crimen padre mío, dijo Atala, con los ojos vacilantes; pero sólo yo me perdía, y yo salvaba a mi madre". —"Acaba... ¡Di!... exclamé yo espantado; ¡acaba!...". —"Pues bien: yo preví mi fragilidad al salir de las cabañas, y traje conmigo . . . —¿Qué? repetí yo lleno de horror". —Un veneno . . . dijo el padre". —*Ya está en mi pecho* respondió Atala".

"La tea se le huye de la mano al solitario, yo caigo casi muerto junto a la desgraciada joven, el viejo nos sostiene en sus brazos paternales, y todos tres quedamos por un momento en tinieblas, mezclando nuestros sollozos sobre el fúnebre lecho".

"Despertemos, despertemos, dijo en breve el valeroso ermitaño, y encendió una lámpara: no perdamos unos instantes tan preciosos: arrostremos como intrépidos cristianos los asaltos de la adversidad: con la soga al cuello, y la ceniza sobre la cabeza, echémonos a los pies del Altísimo para implorar su clemencia, o para someternos a sus decretos: quizá estamos en tiempo todavía . . . Hija, tú me lo debías haber advertido anoche".

¡Ay! padre mío, dijo Atala. Yo os anduve buscando la noche pasada; pero el cielo en castigo de mis culpas os alejó de mí. Aunque, todo socorro habría sido infructuoso; pues los Indios mismos, tan hábiles en materia de veneno, no conocen antídoto, contra el que yo he tomado. ¡Oh Chactas! considera cual debe haber sido mi

sorpresa al ver que el efecto no se haya obrado con la prontitud que yo esperaba. Mi amor ha redoblado mis fuerzas: mi alma no ha podido separarse de ti tan presto".

"Ya aquí no interrumpí yo la narración de Atala con sollozos; entonces fue con estos furiosos extremos propios de los salvajes. Me revolqué por el suelo, me torcí los brazos, me mordí las manos . . . El anciano sacerdote, con una maravillosa ternura, corría del hermano a la hermana prodigándonos mil socorros. Su corazón pacífico, aunque abrumado con el peso de los años, sabía insinuarse a nuestra juventud; y su religión sublime le ponía en los labios unos acentos más tiernos y más ardientes que nuestras pasiones mismas. Aquel santo ministro, que contaba ya cuarenta años de sacrificio inmolándose cada día sobre las montañas en servicio de Dios y de los hombres, me representaba un gran holocausto humeando continuamente en los lugares elevados, delante del Señor".

"Pero, ¡oh desgracia! Todos los remedios que experimentó en Atala fueron inútiles; todos sus cuidados en vano. La fatiga, el pesar, el veneno, y una pasión más mortal que todos los venenos juntos, se reunían para arrebatar aquella flor a la soledad. Al declinar la tarde, los terribles síntomas se manifiestan: un entorpecimiento general se apodera de todos los miembros de Atala; y las extremidades del cuerpo comienzan a enfriársele. *"Toca mis dedos,* me dice, *¿no es verdad que los encuentras bien helados?"*. Yo no supe qué responderle, y el pelo se me erizó de horror. Luego añade: "todavía ayer, querido mío, tu solo tacto me sobresaltaba, y he aquí que ahora ya no siento tu mano . . . ya casi no oigo tu voz . . . los objetos de la gruta se me desaparecen unos tras otros . . . ¿no son los pájaros los que cantan? . . .ya es hora que el sol se esté poniendo . . . Chactas que hermosos serán sus rayos en el desierto dando sobre mi sepultura . . . ".

"Nosotros, anegados en un mar de lágrimas, oíamos este discurso; y Atala, que lo advierte, nos dice: "Perdonadme, buenos amigos: yo estoy muy débil; pero quizá voy a fortalecerme . . . No obstante, morir tan joven . . . y cuando mi corazón estaba tan lleno de vida . . . de un golpe todo . . . Jefe de la oración ten piedad de mí . . . sostenme . . . ¿Crees tú que mi madre esté satisfecha, y que Dios me perdone lo que he hecho?".

"Hija, respondió el buen religioso bañado en lágrimas, y enjugándoselas con sus dedos trémulos y mutilados: "hija, todas tus desgracias vienen de tu ignorancia. Tu educación salvaje, y la falta

de una debida instrucción son las que te han perdido. ¿Tú no sabías que una cristiana no podía disponer de su vida? Sin embargo, consuélate, amada ovejuela, Dios te perdonará por la simplicidad de tu corazón. Tu madre, y el imprudente misionero que la dirigía han sido más culpables que tú: ellos han excedido sus facultades forzándote a hacer un voto indiscreto; pero, la paz del Señor sea con ellos. Vosotros tres ofrecéis un terrible ejemplo de los peligros a que exponen el entusiasmo y la falta de luces en materia de religión. Sosiégate, hija, que el que sondea el corazón y las entrañas de su criatura, te juzgará según tus intenciones que han sido puras, y no por tu acción que es condenable".

"En cuanto a la vida, si el momento de descansar en el Señor ha llegado; ¡oh amada hija! qué poco pierdes en perder este mundo. Ya ves que, a pesar de la soledad en que has vivido, has experimentado pesadumbres, ¿qué dirías, pues, si hubieses presenciado los males de la sociedad? ¿Si al llegar a las riberas de la Europa, el grito universal de dolor que se levanta de aquella antigua tierra hubiese penetrado tus oídos? ¡Ah! hija ¡todos padecen, todos gimen en este valle de miserias, el habitante de las cabañas lo mismo que el de los palacios! Las reinas se han visto llorar como simples mujeres, y los pueblos se han admirado de ver la cantidad de lágrimas que encerraban los ojos de los reyes".

"¿Es por ventura el amor que dejas lo que te acongoja? Pues cree que otro tanto valdría llorar un sueño. ¿Conoces tú el corazón del hombre? ¿Podrías contar las mudanzas de su deseo? Más fácil te sería calcular el número de las olas que el mar levanta y deshace en una borrasca. Atala, los sacrificios y los beneficios no son lazos que ligan eternamente: quizá llegaría el día en que la hartura produjese la repugnancia, que lo pasado no se contase por nada, y que no se considerasen más que los inconvenientes anexos a un consorcio pobre y despreciado. Los amores más finos fueron sin duda aquellos que unieron el primer hombre a la primera mujer al salir de las manos del criador: un paraíso se había hecho para ellos, y en él gozaban de los preciosos dones de la inocencia y de la inmortalidad. Eva había sido criada para Adán, y Adán para Eva. No obstante su unión no pudo sostenerse, ¿cuál será después de ella la que se sostendrá? Yo no te hablaré de los matrimonios de los primogénitos de los hombres, de aquellas uniones inefables, cuando la hermana era la esposa del hermano, cuando el amor y la amistad fraternal se confundían en el mismo corazón, y que la pureza de la una aumentaba las delicias del otro. Todas estas uniones se han alterado. La

envidia se introdujo en el altar de césped en que se inmolaba el cabrito: ella reinó bajo la tienda de Abraham, y aún en aquellos lechos en que los Patriarcas, llenos del contento que los ocupaba, olvidaban hasta la muerte de sus madres. Ahora bien, ¿te habrías tú lisonjeado, hija mía, de ser más inocente y más feliz en tu unión que aquellas santas familias de que Jesucristo quiso descender? Prescindamos del detalle de los cuidados domésticos, disputas, mutuos reproches, inquietudes, y secretas desazones que velan junto a la almohada del lecho conyugal. La mujer se casa llorando, y renueva sus dolores cada vez que se hace madre. ¡Qué de aflicciones por la sola pérdida de un recién-nacido que muere a sus pechos mamando la primera leche! Raquel llenaba los montes de sus gemidos, y nada la consolaba porque ya sus hijos no existían. Estas amarguras inseparables de la ternura humana son tan fuertes, que se acaban de ver Señoras de alta condición dejar la corte para sepultarse en los claustros, y macerar esta carne rebelde cuyos placeres se convierten en dolores".

"Pero tú me responderás quizá, que estos últimos ejemplos no tienen conexión con el tuyo: que toda tu ambición se limitaba a vivir en una obscura cabaña con el hombre que habías elegido: que tú buscabas menos las dulzuras del himeneo que los hechizos de esa locura que la juventud llama amor. ¡Ilusión, quimera, vanidad, delirio de una imaginación lastimada! Yo también, hija, yo también he experimentado las borrascas del corazón; esta cabeza no ha estado siempre calva, ni este pecho tan tranquilo como te lo parece hoy. Sobre todo cree lo que te dice mi experiencia: si el hombre, constante en sus afectos, pudiese incesantemente alimentar un sentimiento que se reprodujese sin cesar, sin duda que la soledad y el amor lo igualarían a Dios mismo; porque estos son los dos eternos placeres del Ser supremo. Pero el alma del hombre se cansa, y nunca ama por largo tiempo el mismo objeto con plenitud. Entre dos corazones hay siempre varios puntos que no se tocan, y estos puntos bastan con el tiempo para hacer la vida insoportable".

"En fin, hija mía, el mayor error de los hombres en su sueño de felicidad, está en olvidarse de esta enfermedad de la muerte anexa a su naturaleza: es preciso fenecer, es necesario que la máquina se disuelva. Cualquiera que hubiese sido tu fortuna, tarde o temprano esa hermosa cara se habría mudado en el semblante uniforme que da el sepulcro a la familia de Adán: ni los ojos mismos de Chactas te habrían podido distinguir de tus compañeras en la huesa. El amor no extiende su imperio a los gusanos del ataúd.

¿Qué digo? (¡Oh vanidad de vanidades!) ¿Qué estoy hablando de la permanencia de las amistades de la tierra? ¿Quieres saber hasta donde se extiende, hija mía? Si un hombre volviese a ver la luz algunos años después de su muerte, dudo que lo recibiesen con gusto los mismos que han derramado más lágrimas en su memoria. ¡Tan presto se forman otras alianzas! ¡Tan fácilmente se contraen otras relaciones, otras costumbres! ¡Tan natural es la inconstancia en el hombre! ¡Tal es el poco valor de nuestra vida aun en el corazón de nuestros amigos!".

"Da, pues, gracias a la bondad divina, amada hija mía, que te saca tan pronto de este valle de miserias. Ya la túnica blanca y la corona resplandeciente de las vírgenes se te preparan en las nubes: ya estoy oyendo a la Reina de los ángeles que te dice: ven, digna sierva mía, ven paloma mía, ven a sentarte en el trono de candor entre todas estas vírgenes que han sacrificado su hermosura y su juventud al servicio de la humanidad, a la educación de los niños, y a los rigores de la penitencia más severa: ven, rosa mística, ven a reunirte con Jesucristo: ven, que tu celestial esposo no dejará frustrado ese féretro que has escogido por lecho nupcial: sus abrazos durarán por toda la eternidad".

"Así como el último rayo del día sosiega los vientos y esparce la serenidad por el cielo hermoseado con sus luces, así el apacible discurso del anciano calmó las pasiones sublevadas en el corazón de mi amante. Ya desde aquel instante no pareció ocuparse sino de mi dolor, y de los medios de resignarme a sobrellevar su pérdida. Tan presto me decía que moriría contenta si yo le prometía enjugar mis lágrimas, como me hablaba de mi madre y de mi patria, y como procuraba distraerme de la pena presente excitándose otras memorias: ella me exhortaba a la paciencia, a la virtud. "Tú no serás siempre desgraciado, me decía; si el cielo te prueba hoy, es sólo para hacerte más compasivo de los males de los otros. El corazón, Chactas, es como esas especies de árboles que no dan su bálsamo sino cuando el hierro los ha herido a ellos mismos".

"Después que había hablado de esta manera, se volvía al misionero solicitando el consuelo que me había hecho gustar, y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibía la palabra de vida desde el lecho de la muerte".

"El ermitaño redoblaba su celo a medida que nos veía más afligidos. Sus huesos exhaustos recibían nuevo vigor del fuego de la caridad: siempre preparando remedios, avivando la lumbre, re-

frescando la cama, hacía discursos admirable sobre Dios y sobre la felicidad de los justos. Con la antorcha de la religión en la mano, parecía preceder a Atala al sepulcro para mostrarle sus secretas maravillas. La humilde gruta estaba toda llena de la grandeza de aquel tránsito cristiano, y sin duda los espíritus celestiales asistían atentamente a aquella escena, en que la religión luchaba sola con el amor, la juventud y la muerte".

"Y triunfaba esta religión divina. Su victoria se manifestaba en la santa tristeza que sucedía en nuestros corazones a los primeros extremos de nuestra pasión. Hacia la media noche, Atala pareció recobrarse para repetir las oraciones que el religioso pronunciaba al lado de su cama. Poco después me tendió la mano, y con una voz que ya apenas se percibía me dijo: "Hijo de Utalissi, ¿te acuerdas de aquella primera noche en que me tomaste por la *virgen de los últimos amores?* ¡Oh singular presagio de nuestro destino!". —Aquí se quedó suspensa, y luego continuó: "Cuando pienso que te voy a dejar para siempre, mi corazón se hace tal violencia por revivir, que me siento casi capaz de inmortalizarme a fuerza de amar. Pero ¡oh Dios mío! cúmplase tu voluntad". Con esta exclamación se volvió a quedar en silencio por algunos instantes, y después añadió: "no me resta más que pedirte perdón de los males que te he causado. Mucho te he mortificado con mi orgullo y mis caprichos. Pero, Chactas, un poco de tierra echado sobre mi cuerpo va a poner un mundo entero entre los dos, y a eximirte para siempre del peso de mis infortunios".

"¡Perdonarte! repliqué yo bañado en lágrimas, ¿no soy yo quien ha causado todas tus desgracias? Querido Chactas, me dijo interrumpiéndome, tú me has hecho muy feliz; y si yo volviese a empezar la vida, aun prefiriría la dicha de haberte amado por algunos instantes en un penoso destierro, a las conveniencias y al reposo de que podía gozar en mi patria durante mis días".

"Aquí la voz de Atala se extinguió, las sombras de la muerte se esparcieron alrededor de sus ojos y de su boca, sus dedos ya torpes buscaban algo que tocar, y ella conversaba quedo con los Espíritus invisibles. Luego, haciendo un esfuerzo, procuró, pero en vano, desatarse el pequeño crucifijo que tenía al cuello: por último me rogó que lo desanudase yo, y después me dijo:

"Cuando te hablé por la primera vez junto a la lumbre, viste con su reflejo brillar esta cruz en mi pecho: este es pues el solo caudal que posee Atala. López tu padre y mío se la envió a mi

madre cuando yo nací. Recibe ahora de mí esta herencia, hermano mío: consérvala en memoria de mis desgracias. Tú recurrirás a este Dios de los desventurados en las penas de tu vida, y darás quizá una lágrima a tu amante. Chactas, todavía tengo que hacerte la última súplica. Amigo, nuestra unión no podía menos que ser muy corta sobre la tierra; pero después de esta vida hay otra mucho más larga. ¡Qué terrible cosa sería el vivir separada de tí por una eternidad! Yo no hago más que adelantarme para irte a esperar al reino celestial. Si me has amado, joven idólatra, hazte instruir en la religión cristiana, en esta divina religión que preparó nuestra reunión eterna. Ella obra a tu vista un gran milagro dándome fuerzas para dejarte sin morir entre las angustias de la desesperación. Sin embargo, Chactas, no exijo de tí sino una simple promesa: yo sé demasiado lo que cuesta un juramento para pedírtelo. Quien sabe si este voto te separaría de alguna mujer más feliz que yo . . . ¿habrá quien te ame como Atala? . . . ¡Oh madre mía, perdona a tu hija delirante! ¡Oh virgen, aplaca tu ira! ¡Yo recaigo en mis flaquezas, y te usurpo, Dios mío, unos pensamientos que no deberían ser sino para ti".

"Partido el corazón de dolor, y ahogándome los sollozos, que se agolpaban como si el pecho se me rompiera, prometí a Atala abrazar algún día la religión cristiana. A este espectáculo el solitario levantándose como inspirado, y extendiendo los brazos hacia la bóveda de la gruta: "¡Ya es tiempo, exclamó, ya es tiempo de llamar aquí a Dios!".

"Apenas pronuncia estas palabras cuando por un impulso sobrenatural caigo arrodillado, e inclino la cabeza a los pies de Atala. El sacerdote abre un lugar secreto, en donde tenía reservada una urna de oro cubierta con un velo de seda, se postra, y adora profundamente. La gruta pareció de repente iluminada: las voces de los ángeles, y los trinos de las arpas celestiales se oyeron en los aires, y cuando el solitario sacó el vaso sagrado de su tabernáculo, creí ver al mismo Dios salir del costado de la montaña".

"El sacerdote abrió el copón, tomó entre sus dos dedos una hostia blanca como la nieve, y se acercó a Atala pronunciando palabras misteriosas. Ella como una santa en éxtasis tenía los ojos clavados en el cielo. Todos sus dolores parecían haber cesado, toda su vida parecía recogida en su boca, sus labios se entreabrieron y vinieron a tomar con respeto al Dios oculto bajo el místico pan. Luego el divino viejo moja un poco de algodón en un aceite consagrado, unge las sienes de Atala, se queda por un momento mirando a la doncella

moribunda, y de repente prorrumpe en estas fuertes palabras: *"sal alma cristiana y ve a unirte con tu criador"*. Entonces yo levantando la cabeza y mirando el vaso en que estaba el santo óleo. "Padre mío, le pregunté, ¿dará la vida a Atala ese remedio? Sí hijo, me respondió el viejo arrojándose en mis brazos, *la vida eterna!* Atala acababa de expirar".

En este paso fue donde Chactas se vió precisado por la segunda vez a interrumpir su historia. Las lágrimas lo inundaban y su voz interceptada apenas le permitía articular las palabras. El ciego Sachem descubrió su pecho y sacó el crucifijo de Atala. "¡He aquí, exclamó, esta prenda de la adversidad! ¡Oh Renato! ¡Oh hijo mío! ¡Tú la ves, y yo no la veo ya! Dime, ¿después de tantos años el oro no se ha alterado? ¿No están en él estampadas mis lágrimas? ¿No podrías tú conocer la parte que una santa ha tocado con sus labios? ¿Cómo Chactas no es todavía cristiano? ¿Qué frívolas razones de política y de patria lo han retenido hasta ahora en los errores de sus padres? No! yo no quiero diferirlo por más tiempo. La tierra me grita: *¿cuándo bajas a la sepultura, y qué aguardas para abrazar una religión divina?* ¡Oh tierra, tu no tardarás mucho en recibirme! Luego que un sacerdote rejuvenezca en las aguas esta cabeza que las pesadumbres han encanecido, espero reunirme con Atala. Pero acabemos lo que me resta de mi historia".

Los Funerales.

"Yo no intentaré pintarte hoy ¡Oh Renato! la desesperación que se apoderó de mi alma luego que Atala hubo dado el último suspiro. Era menester tener más calor que el que me queda: era menester que estos ojos, tanto tiempo cerrados, pudiesen volver a ver el sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron ante su luz. Sí, esta luna que está brillando sobre nuestras cabezas se cansará de alumbrar las soledades del Kentucky: el Ohio que lleva ahora nuestras piraguas suspenderá el curso de sus ondas, antes que mis lágrimas cesen de correr por Atala. Durante dos días enteros permanecí insensible a los discursos del ermitaño. Procurando calmar mis penas, aquel hombre eminente no se servía de razones vanas ni terrestres. El se contentaba con decirme: *"hijo, esta es la voluntad de Dios"*, y me estrechaba entre sus brazos. Jamás habría creído que estas pocas palabras de un cristiano resignado encerrasen tanto consuelo, si yo mismo no lo hubiese experimentado".

"La ternura, la unción, la inalterable paciencia del anciano siervo del Altísimo vencieron al fin la obstinación de mi dolor. Yo me avergoncé de las lágrimas que le hacía derramar. "Padre mío, le dije, ya esto es demasiado: cesen las pasiones de un joven de perturbar la paz de tus días. Déjame llevar el cadáver de mi amante; yo iré a sepultarlo en algún rincón del desierto; y si la suerte me condena a vivir todavía, yo procuraré hacerme digno de las nupcias eternas que me prometió Atala".

"A esta inesperada reacción de ánimo, el buen padre saltó de gozo exclamando: "¡oh sangre de Jesucristo! ¡sangre de mi divino Maestro, bien se reconocen aquí tus merecimientos! Tú salvarás sin duda a este joven. ¡Oh Dios mío, acaba tu obra! Restituye la paz a esta alma conturbada, y no le dejes de sus desgracias sino útiles y humildes recuerdos".

"El justo rehusó dejar a mi elección el cuerpo de mi amante, proponiéndome hacer venir la misión para enterrar a la hija de López con toda la pompa cristiana; pero yo me rehusé también a mi turno diciéndole: "Las desgracias y las virtudes de Atala han sido incógnitas entre los hombres, participe pues de la misma obscuridad su sepultura cavada secretamente por mi mano y por la tuya". El accedió, y convinimos en que al siguiente día al apuntar el alba partiríamos a enterrar a Atala bajo el arco del *puente natural,* a la entrada de los *boscajes de la muerte,* y que pasaríamos aquella noche en oraciones junto al cuerpo de la santa doncella".

"Al caer la tarde transportamos sus preciosos despojos a una abertura de la gruta que caía hacia el norte. El ermitaño los había envuelto en una sábana de lienzo de Europa que su madre había hilado; único bien que le quedaba de su antigua patria, y que guardaba mucho tiempo había para su mortaja. Atala estaba tendida sobre un césped de sensitivas de montaña, con los pies, la cabeza, los hombros y una parte del pecho descubiertos. Entre sus cabellos se veía una flor de magnolia marchita . . . ¡la misma que yo había puesto sobre la cama de aquella virgen para volverla fecunda! Sus labios, como un botón de rosa cogido de dos auroras, parecían a un tiempo angustiados y risueños, y en sus mejillas de un blanco terso resaltaba el azul de algunas venas: sus hermosos ojos estaban cerrados, sus pies modestamente juntos, sus manos de alabastro apretaban contra su corazón un crucifijo de ébano, y aquel escapulario, signo de sus votos, colgaba de su cuello. No parecía sino encantada por el ángel de la melancolía, y por el doble sueño de la inocencia y de la tumba. ¡Nunca he visto cosa más celestial! Cual-

quiera que hubiese ignorado que aquella vestala había visto la luz, la habría tomado por la estatua de la virginidad dormida".

"El religioso no cesó de orar toda la noche, y yo la pasé sentado a la cabecera del fúnebre lecho de mi Atala. ¡Ah, cuantas veces había yo sostenido en mis rodillas aquella amorosa cabeza mientras dormía! ¡Cuántas veces me había inclinado sobre ella para oír y respirar su aliento! Pero ya a aquellas horas su pecho inmóvil no se sentía, y en vano esperaba yo ver despierta la hermosura".

"Hasta la luna prestó su pálida luz para aquella lúgubre vigilia, levantándose a media noche como una blanca vestala que viene a llorar sobre el féretro de su compañera. A poco, esparció por las selvas aquel secreto melancólico, que ella gusta contar a las viejas encinas y a las antiguas riberas de los mares. De tiempo en tiempo mojaba el religioso un ramo florido en agua bendita, y sacudiéndolo después, perfumaba la noche con los bálsamos del cielo. A veces recitaba en un tono antiguo algunos versos de un anciano poeta llamado Job, que decían:

"Yo he pasado como una flor: yo me he secado como la hierba de los campos".

"¿Por qué se ha dado la luz a un miserable, y la vida a los que yacen en la amargura del corazón?".

"Así cantaba el antiguo de los hombres. Su voz grave y algo cadente se difundía por el silencio de los desiertos. Todos los ecos, todos los arroyos y todas las florestas repetían los nombres de Dios y del sepulcro. Los arrullos de la paloma de virginia, la caída de un torrente desde la montaña, el tañido de la campana llamando a los caminantes se mezclaban con aquellos cantos fúnebres, y parecía oírse en los *boscajes de la muerte,* el coro lejano de los difuntos respondiendo a la voz del solitario".

"En esto se formó una barra de oro en el oriente. Los gavilanes piaban sobre los peñascos, y las martas se retiraban a los troncos huecos de los olmos. Aquella era la señal del acompañamiento de Atala. Yo cargué el cuerpo sobre mis hombros, el ermitaño marchaba por delante con una hazada, y así empezamos a bajar de roca en roca. La vejez y la muerte retardaban igualmente nuestros pasos. Aquel mismo perro que nos había descubierto en la floresta, allí retozando de contento nos trazaba ya otra ruta: yo no podía contener mis lágrimas al verlo. Muchas veces la larga cabellera de Atala, juguete de las brizas matutinas, extendía su velo de oro sobre mis

ojos; y a ratos, agobiado del peso, me veía obligado a deponerlo sobre el musgo, y sentarme junto a él mientras recobraba fuerzas. En fin llegamos al paraje marcado por mi dolor, y entramos bajo el arco del puente. ¡Ah hijo . . . ! era menester haber visto un joven salvaje y un viejo eremita cristiano, ambos de rodillas, frente a frente en el desierto, cavando con sus propias manos la sepultura de una pobre doncella, cuyo cuerpo estaba tendido allí cerca en el barranco seco de un arroyo".

"Acabada nuestra obra trasladamos la hermosura a su lecho de barro. ¡Ah! ¡Que diferente cama había yo pensado prepararle . . . ! Tomando entonces un poco de polvo, y guardando un temeroso silencio, fijé por la última vez mis ojos en el rostro de Atala, y luego cubrí con una tierra antigua una frente de diez y ocho primaveras. Yo vi desaparecer gradualmente las facciones de mi amante, y sus gracias esconderse bajo el velo de la eternidad. Su pecho superó por algunos instantes la negra tierra, a la manera que un blanco lirio resalta en medio de un barro obscuro. "!López! exclamé entonces, *¡mira a tu hijo sepultando a su hermana! . . .*". Y acabé de cubrir a Atala con la sábana del sueño eterno".

"De allí volvimos a la gruta, y comuniqué al misionero la intención que había formado de establecerme en su compañía. El santo hombre, que conocía maravillosamente el corazón humano, penetró mi pensamiento y la estratagema de mi dolor, y me dijo: "Chactas, hijo de Utalissi, mientras que Atala vivía yo te instaba que habitases estos desiertos; pero ahora tu suerte se ha mudado. Tú te debes a tu patria. Creeme, hijo mío, el sentimiento no es eterno: tarde o temprano es preciso que llegue a su fin, porque el corazón del hombre es finito; y una de nuestras grandes miserias es el ser incapaces aun de vivir mucho tiempo desgraciados. Vuélvete al Meschacebé: ve a consolar a tu madre que llora todos los días, y que necesita de tu apoyo. Haste instruir en la religión de tu querida Atala cuando tuvieres oportunidad, y acuérdate que le prometiste ser virtuoso y cristiano. Por mí, yo velaré aquí sobre la sepultura de tu hermana . . . Parte, hijo mío: Dios, el alma de tu amante y el pensamiento de este viejo ermitaño tu amigo te seguirán hasta en el desierto".

"Tales fueron las palabras del habitante de las peñas. Su autoridad era demasiado grande, y su sabiduría demasiado profunda para no obedecerle. Al día siguiente me despedí de mi venerable huésped, el cual estrechándome contra su corazón me dió sus últimos

consejos, su última bendición y sus últimas lágrimas. De allí pasé al sepulcro de Atala: en él se distinguía la muerte por una pequeña cruz, así como se distingue un bajel que ha naufragado, por el mastil que asoma todavía sobre el agua. Yo quedé sorprendido al ver aquel signo, y juzgue que el solitario había venido a orar sobre la sepultura durante la noche: sus muestras de amistad y de religión renovaron mi llanto con más abundancia. Yo me vi tentado a volver a abrir el hoyo para remirarme por la última vez en mi amante; pero un temor religioso me contuvo. Yo me senté sobre la tierra todavía floja. Allí con un codo apoyado en la rodilla, y con la mano sosteniéndome la cabeza, me entregué a las imaginaciones más amargas. ¡Ah Renato! Entonces fue cuando yo hice por la primera vez serias reflexiones sobre la instabilidad de nuestra vida, y la vanidad aún mayor de nuestros proyectos. Y bien, ¿quién es el que no ha hecho estas reflexiones? Ya yo no soy más que un viejo ciervo blanquecido por los inviernos: mis años disputan con los de la corneja; con todo, a pesar de tantos días acumulados sobre mi cabeza, a pesar de una experiencia tan larga de la vida, todavía no he encontrado un hombre a quien las ideas de felicidad no hayan burlado como sueños; ninguno que no conservase una llaga escondida. El corazón más sereno en la apariencia, semeja al pozo natural de la sabana Alachúa, cuya superficie parece mansa y pura; pero cuando miras al fondo de ese estanque tranquilo, desde luego divisas un grueso cocodrilo que se nutre en sus aguas".

"Habiendo visto así salir y ponerse el sol sobre aquel lugar de dolor, al otro día, al primer grito del pelícano, me resolví a dejar la sepultura sagrada, separándome de ella como quien parte de la raya que se propone para emprender la carrera de la virtud. Tres veces evoqué el alma de Atala, y tres veces el Genio del desierto respondió a mis gritos bajo el arco fúnebre. Luego saludé el oriente, y descubrí a lo lejos por los senderos del monte al ermitaño, que bajaba sin duda a la cabaña de algún infortunado. En fin hincándome sobre la fosa y abrazándola estrechamente exclamé: *"¡Duerme en paz en esta tierra extraña, doncella demasiado infeliz! ¡En pago de tu amor, de tu destierro y de tu muerte, hasta el mismo Chactas te abandona!* Entonces vertiendo arroyos de lágrimas me separé de la hija de López. Entonces me arranqué de aquellos lugares solitarios, dejando al pie del pomposo monumento de la naturaleza un monumento más augusto todavía, la humilde tumba de la virtud".

EPILOGO

Chactas, hijo de Utalissi, el Nache, contó esta historia a Renato el Europeo. Los padres la han repetido a sus hijos, y yo viajero en tierras remotas te refiero, oh lector, lo que los Indios me han comunicado. Muchas cosas hallé a primera vista en esta relación: la pintura del pueblo cazador y la del agricultor: la religión como primera legisladora del salvaje: los escollos de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuestos a las luces, tolerancia, y verdadero espíritu del evangelio: el combate de las virtudes con las pasiones en un corazón sencillo; en fin el triunfo del cristianismo sobre el sentimiento más fogoso y el temor más terrible: el amor y la muerte.

Cuando un Siminole me refirió esta historia, la encontré muy instructiva y perfectamente bella: porque puso en ella la flor del desierto, la gracia de la cabaña, y una simplicidad en contar sus penas, que no me lisonjeo de haber conservado. Lo único que me faltaba saber era en qué había parado el padre Aubry, y lo pregunté. Yo lo habría ignorado siempre, como también tú, lector amado, si la Providencia, que rige todo, no me hubiese descubierto lo que solicitaba. He aquí como sucedió:

"No satisfecha mi curiosidad con haber recorrido las riberas del Meschacebé, que formaban al mediodía los magníficos confines de la Nueva-Francia, quise aun ver al norte la otra maravilla de aquel imperio, esto es, la catarata del Niágara. Habiendo efectivamente llegado cerca de aquella cascada en el antiguo país de los *Angonnoncioni* (1), una mañana, atravesando un llano, divisé una mujer sentada bajo un árbol con un niño muerto en su regazo. Enternecido de tal espectáculo me acerqué paso a paso a la joven madre, y escuché que decía:

"Si te hubieras quedado entre nosotros, hijo mío, ¡con qué gracia no habrían templado el arco estas manos! Tu brazo nervioso habría avasallado el oso en su furia, y habrías desafiado sobre la cumbre del monte a la danta más veloz en carrera. ¡Blanco armiño de la roca! ¡Tan joven, y haber pasado ya al país de las almas! ¿Cómo harás para vivir allí, donde no está tu padre para alimentarte con su caza? Tendrás frío, y ningún Espíritu te dará pieles para cubrirte. ¡Oh! es menester que yo me apresure a seguirte, para cantarte canciones y presentarte mis pechos".

(1)—Los Iroqueses.

Y la joven madre, después de esta oración fúnebre al estilo de los desiertos, cantaba con una voz trémula, mecía al infante en sus rodillas, le humedecía los labios con su leche maternal, y prodigaba a la muerte todos los cuidados que se dan a la vida. Ella quería poner a secar el cuerpo de su hijo en las ramas de un árbol, según la costumbre de los Indios, para trasladarlo después a los sepulcros de sus padres. En efecto, dio principio a la tierna y religiosa ceremonia desnudando a su hijo, y respirando por un breve rato sobre su boca, dijo: "¡Alma de mi hijo! ¡alma encantadora! Tu padre te crió hace tiempo en mis labios con un ósculo . . . ¡Y que tantos ósculos míos no puedan darte hoy una nueva existencia!". Luego descubrió su propio seno, y se estrechó por la última vez con el cadáver yerto, que habría revivido con el fuego del corazón maternal, si Dios no se hubiese reservado el soplo que da la vida.

Se levantó, y miró si había en el desierto hermoseado con la aurora, algún árbol sobre cuyas ramas pudiese exponer a su hijo; y escogió un ácer de flores encarnadas, adornado de festones de apios silvestres a manera de guirnaldas, y que exhalaba los más suaves perfumes. Asiendo uno de los ramos inferiores por sus vástagos, lo doblegó con una mano, y con la otra colocó encima el cuerpo de su infante: soltó luego el brazo del árbol, y este volviendo a su posición natural, se llevó escondidos entre su odorífero follaje los despojos de la inocencia. ¡Oh, que impresión tan tierna causa esta costumbre indiana! Penetrados de la substancia etérea aquellos cuerpos en sus aéreos sepulcros, cubiertos de copas de verdura y de flores, refrescados por el rocío, embalsamados y mecidos por las brisas, sobre la misma rama en que el ruiseñor ha hecho su nido, y desde donde repite su lastimera melodía; aquellos cuerpos así expuestos han perdido toda la fealdad de la tumba. Si son las reliquias de una joven que la mano de un amante ha suspendido al árbol de la muerte: si son las de un niño que una madre ha colocado en la morada de los pajarillos, las gracias se redoblan aún. ¡Arbol americano, que cargando entre tus ramas los cuerpos de los hombres, los alejas de su mansión para acercarlos a la de Dios, yo me he detenido arrobado bajo tu sombra! Tú me mostrabas en tu sublime alegoría el árbol de la virtud: sus raíces que crecen en el polvo de este mundo: su cima que se pierde entre las estrellas del firmamento; y sus ramos que son los solos escalones por donde el hombre, viajero sobre este globo, puede subir de la tierra al cielo.

Después que la madre hubo puesto a su hijo en el árbol, se arrancó una guedeja de sus cabellos y la enlazó entre las hojas,

mientras que el soplo de la aurora mecía en su último sueño al que una mano maternal había tantas veces dormido a la misma hora en una cuna de musgo. En aquel acto me fui directamente hacia la mujer, y le impuse las dos manos sobre la cabeza, dando los tres gritos de dolor. Luego sin hablarnos palabra tomamos cada uno un ramo y nos pusimos a espantar los insectos que zumbaban alrededor del cuerpo del infante. Pero tuvimos cuidado de no ahuyentar una paloma cuyo nido estaba vecino, y que de cuando en cuando venía a quitar un cabello al niño para hacer un lecho más blando a sus chicuelos. La India mirándola le decía: "Paloma, si tú no eres el alma de mi hijo que ha levantado el vuelo, eres sin duda una madre que busca algo de que hacer una cuna. Toma de esos cabellos que yo no podré lavar ya en el agua de china: tómalos para acostar tus chiquillos: ¡quiera el Gran-Espíritu conservártelos!".

A todo esto la madre lloraba de gozo viendo la urbanidad que el extranjero usaba con ella, cuando en el mismo instante se acerca a nosotros un joven y dice: "Hija de Celuta, saca nuestro hijo: nosotros no estaremos aquí por mucho tiempo: al primer sol hemos de partir". Entonces dije yo: "Hermano, te deseo un cielo azul, muchas cabras monteses, un manto de castor, y a más la esperanza. Qué ¿no eres tú de este desierto?" "No, respondió el joven: nosotros somos desterrados, y vamos a buscar una patria". Diciendo esto, el guerrero inclinó la cabeza sobre el pecho, y con la punta del arco abatía los remates de las flores; lo que me indicó que debía de haber lágrimas en aquella historia, y por tanto disimulé callando. La madre volvió a tomar su hijo de las ramas del árbol, y lo entregó a su esposo para que lo llevase. Ambos lo miraban con una llorosa sonrisa. Yo les propuse si querían permitirme que les ayudase a hacer la lumbre aquella noche, y el guerrero me respondió: "Nosotros no tenemos cabañas; pero si gustas seguirnos, nuestro campo está a la orilla de la cascada". "Convengo en ello, dije yo", y partimos juntos.

A poco llegamos a la orilla de la catarata que se anunciaba desde lejos con un estruendo terrible. Fórmala el río Niágara que sale del lago Erié, y se pierde en el lago Ontario: su altura perpendicular es de ciento cuarenta y cuatro pies. Desde el lago Erié, hasta el Salto el río viene gradualmente precipitándose por un declive rápido, de manera que al tiempo de caer es menos un río que un mar, cuyos torrentes se estrechan para despeñarse en la garganta de una profunda caverna. La catarata se divide en dos brazos en forma de herradura, y en medio deja una isla que el ímpetu de las

aguas ha excavado por debajo, y que se avanza con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. El brazo que cae al mediodía se recoge en un vasto cilindro, y después se desenrolla como una sábana de nieve, que brilla en todo género de colores con los rayos del sol. El que se precipita hacia el levante desciende a una obscuridad espantosa, tal que podría llamársele una columna de agua del diluvio. Los iris se arquean y se cruzan sobre el abismo. Las olas, estrellándose contra los peñascos titubeantes, saltan en torbellinos de espuma, que se levantan por encima de las florestas como la humareda de un vasto incendio. Pinos, nogales silvestres, rocas talladas en forma de fantasmas decoran la escena. Las águilas, arrastradas por la impetuosa dirección del viento, bajan remolinando al fondo del tragadero, y los carcayues se cuelgan por sus largas colas a las puntas de una rama inclinada, para coger en el abismo los cadáveres de las dantas y de los osos.

Yo me quedé distraído entre el placer y el pavor que la contemplación de aquel espectáculo me infundía, tanto que la India y su esposo adelantándose me dejaron solo. Empecé a buscarlos remontando por la orilla del río hasta llegar encima del despeñadero, donde los encontré acostados sobre la hierba con unos viejos, al lado de varias osamentas humanas envueltas en pieles de animales. El sitio era sin duda a propósito para su dueño. Admirado de lo que estaba viendo hacía algunas horas sin entenderlo, me senté junto a la joven madre y le dije: "¿Qué significa todo esto hermana?" "Esta es, hermano, la tierra de la patria, me respondió ella; estos son los huesos de nuestros abuelos que nos siguen a nuestro retiro". "Y ¿cómo, repliqué, yo os habéis visto reducidos a semejante desgracia?". La hija de Celuta me hizo la relación siguiente:

"Nosotros somos el resto de los Nachez. Después de la carnicería que los Franceses hicieron de nuestra nación para vengar a sus hermanos, los nuestros que lograron escapar a los vencedores, hallaron asilo entre los Chikasas nuestros vecinos. Con ellos hemos vivido por mucho tiempo tranquilos; pero hace siete lunas que los blancos de la Virginia se han apoderado de nuestras tierras, diciendo que un rey de la Europa se las ha dado. Nosotros hemos levantado los ojos al cielo, y cargados con las cenizas de nuestros abuelos hemos tomado nuestra ruta por medio del desierto. Yo he parido en el camino, y como mi leche estaba dañada a causa de la pesadumbre, he envenenado con ella a mi hijo". Diciendo esto, la tierna madre se enjugó los ojos con su cabellera: yo lloré también.

Pasado un breve espacio le dije: "Hermana, adoremos al Gran Espíritu: todo sucede en el mundo por orden suya: los miserables no gemirán siempre: un lugar hay donde ellos cesarán de llorar. Si yo no temiese tener la lengua tan ligera como la de un blanco, te preguntaría si no has oído hablar de Chactas el Nache". A estas palabras la India me miró y me dijo: "¿Y quién te ha dado noticia de Chactas el Nache?". "La sabiduría", respondí yo. "Yo te diré lo que sé, prosiguió la India, aunque no sea sino porque me has ayudado a mosquear el cuerpo de mi hijo, y por las buenas palabras que has dicho del Gran Espíritu. Yo soy hija de la hija de Renato el Europeo, que Chactas había adoptado. Chactas después de haber recibido el bautismo, y Renato mi abuelo, perecieron en la mortandad". "El hombre va siempre de dolor en dolor, respondí yo bajando la cabeza. ¿Tú podrás según eso darme razón del padre Aubry?". "Su suerte no ha sido más feliz que la de Chactas replicó la India. Por lo que hemos sabido, los Cheroqueses enemigos de los Franceses entraron en la misión, guiados por el sonido de la campana que se tocaba para socorrer a los caminantes. El padre Aubry pudo haberse salvado; pero no queriendo abandonar a sus hijos en el tiempo de la desgracia, se quedó con ellos para animarlos a morir imitando su ejemplo. El fue quemado, sin que los terribles tormentos de la hoguera pudiesen sacarle un solo grito en deshonra de su Dios ni de su patria. Durante el suplicio no cesó de rogar por sus verdugos, ni de mostrar su compasión por las víctimas que veía alrededor de sí. Deseando los Cheroqueses arrancar alguna señal de flaqueza del corazón de aquel caudillo de los ejércitos celestiales, le pusieron delante un salvaje cristiano que habían horriblemente mutilado. Pero ¡cuál fue su espanto al ver al joven arrodillarse y besar las llagas del viejo ermitaño, que le decía con un semblante sereno: hijo, hoy somos dados en espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres! Los Indios furiosos le metieron un hierro inflamado por la garganta para impedirle que hablase más. Entonces, no pudiendo ya consolar a los hombres, expiró".

"Se dice que los Cheroqueses no obstante estar hechos a ver salvajes constantes en sufrir el martirio, no pudieron menos de confesar que en el humilde valor del padre Aubry había cierta cosa que ellos no conocían, y que excedía a todo lo que se llamaba valor en la tierra. Muchos de ellos, tocados de aquella muerte, se han hecho cristianos".

"Algunos años después, Chactas, a su regreso de la tierra de los blancos, habiendo sabido las desgracias del jefe de la oración,

partió para ir a recoger sus cenizas y las de Atala. El atravesó el desierto y llegó al paraje donde estaba situada la misión, pero apenas pudo reconocerlo. El lago se había salido de madre, y la sabana se había mudado en un cenagal impracticable: el *puente natural* se había desplomado, y sepultado bajo sus escombros la tumba de Atala y los *boscajes de la muerte*. Chactas anduvo errando mucho tiempo por aquellos lugares: visitó la gruta del solitario, que encontró llena de malezas y de frambuesos, entre los cuales una cierva daba de mamar a su cervatillo: se sentó sobre la roca de la vigilia de la muerte, y no encontró más que algunas plumas que la ave pasajera había dejado caer de sus alas. Así consideraba aquellos tristes objetos, y las lágrimas de un silencioso llanto caían de sus ojos, cuando la culebra casera del misionero salió de entre las zarzas vecinas, y vino a enroscarse a sus pies. El agasajó y calentó en su seno aquella antigua amiga, que sola se conservaba aún en medio de aquellas ruinas. El hijo de Utalissi nos ha contado que varias veces al anochecer vió la sombra de Atala y la del padre Aubry en las mismas soledades, y aquellas visiones lo llenaron de un religioso pavor y de una triste alegría. Después de haber buscado inútilmente el sepulcro del ermitaño, y procurado en vano descubrir el de Atala, se resolvió a abandonar aquellos lugares; pero al intentarlo, la cierva que habitaba la gruta se puso a saltar delante de él. La siguió y vió que se paraba al pie de la gran cruz de la misión, de la cual no se descubría ya sino la mitad fuera del agua: la madera estaba carcomida del musco, y el pájaro del desierto gustaba reposarse en sus antiguos brazos. Chactas creyó que la cierva agradecida lo había conducido a la sepultura de su huésped. Se puso a cavar bajo la roca que servía en otro tiempo de altar para los sacrificios, y al fin dió con los despojos de un hombre y de una mujer, que no dudó fuesen los del sacerdote y los de la Virgen sepultados allí por los ángeles. Los acabó de sacar de tierra, los envolvió en pieles de oso, y emprendió el camino del desierto llevando las preciosas reliquias, que chasqueaban sobre sus espaldas como el carcaj de la muerte. Por la noche le servían de cabecera, y dormido sobre ellas soñaba con el amor y con la virtud. Cargado de esta manera llegó a los Nachez. ¡Oh extranjero! ¡Contempla ahora esas osamentas, y entre ellas la de Chactas mismo!".

Acabando la India de pronunciar estas palabras, me levanté, me acerqué a las sagradas reliquias, me postré ante ellas en silencio, y luego retirándome con pasos largos, exclamé: "Así pasa sobre la tierra todo lo que fue bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombre, tú no

eres más que un sueño veloz, un sueño doloroso! ¡Tú no existes sino por la miseria: tú no eres algo sino por las cuitas de tu espíritu, y por la perpetua melancolía de tus pensamientos!".

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche sobre el borde de la catarata, que contemplaba al mismo tiempo con la claridad de la luna. Al día siguiente mis huéspedes me dejaron para continuar su viaje por la soledad. Los jóvenes guerreros abrían la marcha, y sus esposas la cerraban: los primeros iban cargados con las santas reliquias, y las segundas llevaban sus recién-nacidos: los viejos avanzaban pausadamente sus pasos en el centro, colocados entre sus antepasados y su posteridad, entre los que ya no existían y los que todavía no eran, entre las memorias y la esperanza, entre la patria perdida y la por venir. ¡Ah! Cuántas lágrimas no turban la soledad, cuando el hombre abandona así la tierra nativa, y cuando desde la altura de la colina del destierro descubre por la última vez el techo bajo el cual fue criado, y el río de su cabaña que continúa corriendo tristemente por los campos solitarios de la patria!

¡Indios desgraciados, que he visto errantes por los desiertos del Nuevo-Mundo con las cenizas de vuestros abuelos! Vosotros ejercitasteis conmigo la hospitalidad a pesar de vuestra miseria, y yo no podría ofrecérosla hoy: porque vago como vosotros sujeto al favor de los hombres, y menos feliz en mi destierro porque no llevo los huesos de mis padres.